CASTIGO DEL CIELO.

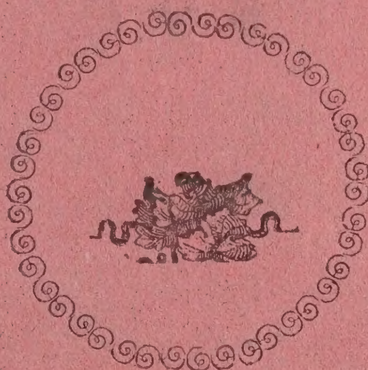
DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

Andrés ORIGINAL DE

Angel A. Beladiez

Don A. M. B.

Beladiez



BARCELONA.

—

IMPRENTA DE SAN PEDRO. — MAYO — 1861.

CASTIGO DEL CIELO.

Drama original en tres actos y en verso.



CASTIGO DEL CIELO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

Don A. M. B.



BARCELONA.

—

IMPRENTA DE SAN PEDRO.—MAYO—1861.

A mi hijo.

Jesusito: algun dia, si Dios es servido, llegarás á ser hombre, y leerás con avidez estas mal trazadas páginas. Y nó por el escaso mérito que en sí encierran; sino por ser obra de tu querido padre. Si, hijo mio; de tu querido padre. Porque estoy seguro de que tú querrás al tuyo, como yo he querido y respetado al mio, modelo de virtudes no muy comunes, por desgracia, entre los humanos.

No sè si verá la luz pública esta obra. No sé si, viéndola, estará condenada, como otras muchas, á quedar sepultada en el olvido á los pocos dias de su nacimiento. Solo sé que para tí no morirá nunca: porque para tí se ha escrito. Para que al llegar á la edad de las pasiones, á esa risueña época de la vida, en que la sangre, la seduccion, los halagos del amor propio, y hasta la punible condescendencia de algunos para con cierta clase de vicios, parece como que conspiran de consuno á cerrar nuestro corazon á los buenos principios recibidos en la niñez, y á los nobles instintos que el sumo Hacedor puso en nuestras almas; para que al llegar, repito, á tan peligrosa edad, puedas antes de dar el primer paso en la carrera de la perdicion, recorrer las escenas de este drama, en las que mal ò bien dibujado, hallarás indudablemente el exacto reflejo de la vida del libertino. En Fernando los disgustos y sinsabores del presente. En el General los tormentos que te aguardan para el porvenir, si á tiempo no te desvias de un abismo, tanto mas temible, cuanto que sabe cubrirse con capa de vistosas flores, para mejor ocultar la deformidad de su horroroso antro. — Y si fuese tan dichoso que lograse por medio de estos mal compaginados versos apartar de tu corazon la ponzoña del vicio; si consiguiera evitarte los angustiosos cuidados y remordimientos de una existencia borrascosa, ¡ oh ! qué feliz harias á tu padre! ¿ Què mayor premio podia concederle el cielo ?

En tu mano pues, hijo mio, está el éxito de esta obra. — Meditala detenidamente, y opta despues entre los azarosos placeres de una deshonrosa vanidad, y los suaves goces de la santa virtud, siempre puros, modestos y tranquilos.

PERSONAJES.

EL GENERAL, MARQUÉS DE SAN FULGENCIO.
DON ANTONIO.
DON FERNANDO.
DON LUIS.
LA CONDESA.
ERNESTINA. (FANNY.)
ELISA.
ADELA.
UN CRIADO.

La escena en MADRID. La accion dura doce horas.

ACTO PRIMERO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas al foro y á derecha é izquierda. Balcon practicable que figura conducir al jardin.

ESCENA PRIMERA.

ELISA. — ADELA. — FERNANDO. — LUIS.

Al levantarse el telon aparece Fernando sentado en medio de las dos jóvenes que se hallan ocupadas en labores propias de su sexo. — Luis al otro lado, escribiendo sobre un velador.

ELISA. Y dicen que Fanny tiene
una magnífica voz.
LUIS. Fernando nos lo dirá.
porque en Londres la admiró
y en París y en Viena...
FERN. Es cierto.
Tiene gran ejecucion,
buen timbre, nobles maneras,
canta como un ruiseñor;

mas le falta... — Me equivoco. —
Le sobran, en mi opinion,
algunos años.

ELISA. ¿Es vieja?

FERN. Ya los cuarenta cumplió;
y en una actriz el ser jóven
es precisa condicion.

ELISA. Creo que es de buena casa.

FERN. Yo, cuando en Londres cantó,
la ví frecuentar el trato
de gentes de distincion;
y el inglés, en esa parte,
no es como el noble español,
que consiente que un cualquiera
le trate, así... *sans façon.*

LUIS. Cuentan que tuvo un marido
disipado y jugador...

ADELA. ¿Y sabes, Elisa, tú
para qué á papá pidió
esa entrevista?

ELISA. Sin duda
para implorar proteccion,
y rodearse del aura
de la intriga ó del favor,
egidas de los artistas
de escasa reputacion.

LUIS. Pues, Elisa, te equivocas,
porque no canta.

ELISA. ¿Que nó?

LUIS. No canta. Me consta.

ELISA. Entonces,
traerá recomendacion
del tio Luis, que en Manila
dicen que la conoció.

ADELA. Y que interesante anécdota
contaba de ella Ramon
anoche en casa del Conde!
¿Te acuerdas, Elisa? ¡Yo
recordé á mi pobre madre
que está en el seno de Dios!

LUIS. Dicen que al ir ó al venir
de Manila, naufragó.

ADELA. Sí: pero la recojieron
en un barco pescador.
Luego en poder de beduinos...

FERN. (En burla.) ¡Cuántas veces yo lo estoy!

ADELA. Siempre de broma, Fernando.

ELISA. Sigue.—Está de buen humor.

FERN. Dime¿ Y no se la comieron?
Por que esa gente es feroz.

ADELA. Allí vivió muchos años,
aguardando la ocasion
de fugarse, cuando un dia
en la mar se dibujó
la silueta de un navío;
y rompiendo su prision,
en una débil canoa,
ganó el buque, y se salvó.

LUIS. Es peregrina la historia.

FERN. Mucho.—Mas toda invencion.
Toda novela, primita.

ADELA. ¿Novela?

LUIS. Ese la trató,
y jamás me ha dicho...

FERN. Un cuento
de pura imaginacion.
(Tratando de dar otro giro á la conversacion.)
Mas....¿vosotras estuvísteis

en Filipinas?
ADELA. No.
ELISA. No.
Papá y mamá se marcharon.
dejándonos á las dos
muy pequeñas, en poder
de la abuelita Leonor.
FERN. Pues es mucho que tu padre...
ELISA. Fué con una comision
del servicio militar,
y en España nos dejó,
para evitarnos los riesgos
de larga navegacion.
ADELA. Y allí, en Manila, tuvimos
otra hermanita menor,
que asida al dulce regazo
de su madre pereció,
y mas feliz que nosotras,
cumplió la tierna mision
de acompañarla, y de ser
el ángel consolador
de sus ultimos instantes.
Murió...
FERN. Porque le llegó
su hora.—Hablemos de otra cosa;
que va la conversacion
tomando un giro muy triste.—
¿No concluyes, Luis?
LUIS. Ya voy
á concluir.
FERN. ¡Qué pesado!
ELISA. Si hace poco que empezó.
LUIS. ¡Y acaso dejais vosotros
que surja la inspiracion,

con tanto hablar y con tanto...

FERN. Deja que á nuestro sabor
disfrutemos; que no siempre
se ofrece una proporcion
como la que hoy la fortuna
propicia nos deparó.
Y en tanto que vuestra tia,
que nunca nos deja á sol
ni á sombra, cumple en palacio
la precisa obligacion,
y á sus anchas vuestro padre
charla con ese ababol,
con ese ruin usurero
que llaman señor... Bailon...
ó Bailarin...

ADELA. Balarin!

FERN. Balarin. Bueno. No doy
tanta importancia á una letra.—
Lo cierto es que el tal señor
me repugna... me encocora
con su aire de proteccion.

LUIS. Pues mira, tú deberías
tenerle contento.

FERN. ¿Yo?

LUIS. Tú

FERN. ¿Porqué?

ADELA. Porque te quiere
con todo su corazon.

LUIS. Y porque es su tesorero.
Le tiene como un milord,
y dispone de su caja
con toda satisfaccion.

FERN. ¿Y eso que? Nada le debo.
Gasto lo mio.

LUIS. Ya estoy.—
Pero siempre...
FERN. Es un criado
de mi casa... un corredor,
que, al darme lo que le pido,
cumple con su obligacion,
y cumpliéndola y sirviéndome
recibe mucho favor.—
Pero volvamos al caso
que la cuestion motivó.
Y es que se pone en ridículo
él, y todos los que son
de baja esfera, y se atreven
á echarla de hombres de *pró*,
alternando con los nobles
de antiguo y limpio blason.
Esa nobleza moderna
de banca y de mostrador,
que invade nuestros derechos,
provoca mi indignacion.
Noble indignacion de un noble.
que nunca tendrá valor
para mirar impasible
que hombres de humilde estraccion
le dén la mano y le traten
de igual á igual. ¡Voto á Brios!
No.—Jamás llega tan alto
el que tan bajo nació.
ADELA. Pues yo—la verdad—creía
que la virtud, hoy por hoy,
era en el mundo, Fernando,
la ejecutoria mejor.
ELISA. ¿Que entiendes tú? Siempre ha sido,
y será, la educacion

la que á los hombres distinga:
y el que no la recibió
mal puede tenerla.

FERN. Añade,
aunque es vulgar la diccion,
que la cabra tira al monte,
y el que timbres no heredó
pronto descubre la hilaza
de su pobre condicion.

LUIS. (Levantándose.)
Pues yo, en ese gran catálogo
que la historia nos legó
de los hombres mas ilustres
en todo tiempo y nacion,
veo brillar muchos nombres,
claros como el mismo sol,
de plebeyos que supieron
dar á su patria esplendor. —
Mas dejemos este asunto,
que es muy varia la opinion
en la materia, y veamos
el soneto.

FERN. Dame. Voy
á leerle.

LUIS. No: primero
hay que darle direccion.
(Mostrándosele.)
A con puntos suspensivos.
Pon un nombre.

FERN. ¿Quien? ¿Yo? No.

LUIS. Preciso.

ELISA. Si.

ADELA. No hay escape.

FERN. Primas y bellas las dos...

LUIS. Decide.

ELISA. Al punto.

FERN. Pero eso
es una conspiracion.

ADELA. (Alargándole una pluma.)
Toma la pluma.

FERN. Es decir:
¿que he de declarar mi amor,
poniendo un nombre al soneto
que hiciste?

LUIS. No hay remision.

FERN. ¿Sí? — Pues salgo del apuro...
á la suerte. Es lo mejor.
Al año de la moneda.

ADELA. Yo pido.

FERN. No: pido yo.....
mentalmente.

ADELA. ¿Y si haces trampa?

FERN. Doy mi palabra de honor
de no hacer tal cosa. — Pares.
(Saca y mira una moneda.)
Pares — Elisa ganó.

ADELA. No me fío. A ver, á ver.

FERN. Míralo. Cincuenta y dos.

ADELA. (Retirándose, después de haber examinado la moneda.)
Pues. Y lo mismo diría
si hubiera salido *non*.

ELISA. (A Fernando.)
Dame, dame.

FERN. (Guardándose la moneda.) ¿Y para qué?
Ya Adela se convenció.
Ahora leamos. — A Elisa. —
Soneto. —

LUIS. Mucha atencion.

FERN. (Leyendo.)

No me culpes, ¡oh bella entre las bellas!
si mis ojos por otras se desviven.
Cúlpate á tí: pues que su luz reciben
del torrente de luz que tu destellas.
Si ausencia es noche, y si en la noche estrellas
hay que del sol tan solamente viven,
cuando las sombras de tu luz me priven,
¿porqué no ha de guiarme la de aquellas?
Cese ya tu temor. Mi solo anhelo
fué probarte mi ciega idolatría.
Déjame contemplarlas sin recelo;
que astros son de la noche, y tú del dia.
Si ellas estrellas son de oscuro cielo,
tú eres el sol de la ventura mia.

ADELA. Bien.
FERN. Muy bien.
ELISA. ¿Con que lo apruebas?
FERN. ¡Brillante improvisacion!
LUIS. No es buena, pero es verdad.
Porque tú, de flor en flor
vagando, pasas la vida,
sin fijar tu corazon.
ELISA. No le tendrá. (Retirándose.)
FERN. ¿Como... como?
ELISA. Ven, Adela.—¿Qué color
ponemos aquí?
(Adela y Elisa hablan aparte, así como Luis y Fernando.)
FERN. ¡Mangnífico!
¡Bien! Te has lucido, bribon!
LUIS. Chico, si nunca me dejas...
ADELA. ¿Y porque me incomodó?

ELISA. No hagas caso de Fernando;
mira que es un embrollon.
(Siguen hablando aparte.)
LUIS. ¿No hay dos primos y dos primas?
Pues tocamos á una.
FERN. No.
Hay dos primas...
LUIS. (Interrumpiéndole.) Y dos primos.
FERN. Bien. Pues tocamos á dos.
LUIS. Como! ¿Qué?—Tú no estás bueno.
¿Pues cual es el divisor?
FERN. Tú, con tantas matemáticas,
olvidaste la abstraccion.
LUIS. ¿Eh?
FERN. Y en materias galantes
es precisa, es de rigor.—
Haz abstraccion en amores
de todo vicho varon.
LUIS. Sí. Pero tú lo gobiernas
de modo que siempre soy
yo el abstraido.
FERN. ¿Qué quieres?
La fábula del leon.—
(Separándose de Luis.)
Pero ¿qué es esto, señoras?
¿Roma y Cartago? No estoy
por los partidos.—Unámonos.
(Se aproxima á Elisa.)
ELISA. (En tono de broma.)
¿Y porqué os marchasteis vos?
FERN. Es verdad. Hice muy mal:
pues dicen que la ocasion
la pintan calva, y debemos
no desperdiciarla hoy.

Que si viene vuestro padre,
mi amable tio y señor,
tendrémos que someternos
á escuchar algun sermon.

ELISA. ¿Pero es posible, Fernando,
que tan injusto rencor
guardes á papá?

ADELA. Y es cierto..
Le tienes tema... aversion.

FERN. No. Le quiero como es justo.
Mas, aquí para *inter nos*,
no soy, á lo que parece,
santo de su devocion.

LUIS. ¿Qué quieres? Si tú tambien...

FERN. Y eso que soy su mejor
amigo, y tengo mil títulos
á su consideracion.
El ha sido, y és, mi gefe,
mi padrino y mi tutor.
llevamos el mismo nombre
y apellido... y en fin, soy
tan inmediato pariente,
tan próximo sucesor,
que si mueren estas chicas—
lo cual no permita Dios—
le heredo.

LUIS. Poquito á poco:
que tambien le heredo yo.

FERN. Es verdad. A tí te deja
la gota y el mal humor.

LUIS. (A Adela.)
¿Verdad que le heredo?

ADELA. ¡Vaya!

LUIS. Si tú me quisieras.

ADELA. ¡ Oh!

FERN. (Sentándose al lado de Elisa, mientras Adela y Luis forman grupo aparte.)
¿Conque salimos ahora
conque soy tu trovador?

ELISA. Sí. Mas por boca de ganso.
Es decir: en comision.
(Siguen hablando aparte, sin reparar en el General y Don Antonio que salen por la última puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

DICHOS. — GENERAL. — DON ANTONIO.

GEN. (Aparte á Don Antonio, señalando á Fernando y Elisa.)
Juntos, y en secreto hablando.
Dí luego que son manías.

LUIS. ¡ Oh, tio !Felies dias .

GEN. Ola, Luis (Después de observar á Elisa y Fernando, dice incomodado.)
Llama á Fernando.

FERN. !Ay! Perdóneme usted, tio.
No le he visto.

GEN. (Secamente.) Ya lo vi

FERN. Es que... estábamos aquí...

GEN. Basta, basta, señor mio.

ADELA. (Acercándose á su padre.)
¿Qué tal la noche?

GEN. Tal cual.
Con dolores, hija mia.
Pero luego, entrado el dia,
me sentí ya menos mal.

FERN. ¿Me llamaba usted?

GEN. Quisiera

consultar contigo un caso...
y darte tambien, de paso,
una nueva lisonjera.

FERN. ¿Lisonjera?

GEN. Por demás.—
Siéntate, y escucha atento.

ELISA. (Qué le dirá)

FERN. (Va de cuento.) (Se sienta.)
(Alto.) Ya escucho.

GEN. Bien.—¿Ya sabrás
que, bajo escelentes bases,
se han formado comisiones
que recorren las naciones,
y en sus diferentes fases
estudian los adelantos
de la ciencia militar?

FERN. Sé que se van á formar.

GEN. Se han formado.

ELISA. (¡Cielos santos!
Se va.)

GEN. Me acordé de tí,
y hablando ayer al Ministro,
le toqué cierto registro...
y dió lumbre.

FERN. ¿Cómo?

GEN. Sí.
Ya estás nombrado.

FERN. (Con ironía) Muy bien!

GEN. (Despuès de mirarle fijamente.)
No me parece tan mal.
Hoy me dan la credencial,
y mañana...

FERN. Mas tambien
és fuerte cosa, señor,

que jamás mi voluntad
se consulta: y en verdad,
que ya salí de tutor.

GEN. ¡Cómo! ¿Y tú renunciarías
á comision tan honrosa?
¿Prefieres la vida ociosa...

FERN. No señor. Mas...

GEN. ¡No en mis dias!—
Ora en Francia ó Inglaterra,
ya en Italia, ya en Oriente,
ya en la India, el que es valiente,
donde quiera que haya guerra,
donde retumbe el cañon,
allí, Fernando, ha de estar.
No quiero yo al militar
entragado á la inaccion.
Que pierde el bélico instinto;
y el afan de hacer carrera
le conduce, aunque no quiera,
por sendero muy distinto.
No le quiero adulador
de Príncipes ni Magnates.
El humo de los combates,
Ese es su incienso mejor!

FERN. ¿Y bien?—A mí...—usted lo sabe—
ni me dan frio las balas,
ni jamás hice antesalas,
porque en mi orgullo no cabe.
Las cruces que al pecho llevo,
mis ascensos, mi carrera,
no á la adulacion rastrera,
á mis servicios lo debo.—
Mas esa no es la cuestion.
Si de mí dispone usted,

hágame antes la merced
de consultar mi opinion.
Y no es nuevo el despotismo
con que regirme procura.
Recuerdo con amargura
que siempre ha sido lo mismo.
Quince dias hace apenas
que llegué del estrangero,
donde errante prisionero
entre doradas cadenas
me tuvo usted á su antojo,
y ya dispone otro viaje.
Mas de tanto y tanto ultraje
ya me canso y me sonrojo.
Y si razones no valen,
valdrán mis derechos algo.
Le advierto á usted que no salgo
de Madrid, aunque me empalen!
(Se levanta.)

GEN. Saldrá usted.
FERN. No saldré.
GEN. (Levantándose.) ¿No?
LUIS. (Ynterponiéndose.)
Señor...
GEN. Apártate, Luis. — (A Fern.)
Si le mandara á París,
iría gustoso.
FERN. ¿Yo?
Ni á París ni á parte alguna.
GEN. Es que yo sé que hay allí
cierta ninfa...
ELISA. (A Fernando.) ¡Cómo!
GEN. (Observando el movimiento de Elisa.) Sí.
Cierta ninfa inoportuna,

que escribe sin ton ni son,
sin saber á quien escribe,
y cuyas cartas recibe
quien no debe.

FERN. (Maldicion!
Sin duda Clara...!)

GEN. ¿No irías
á París de buena gana,
tras esa casta Susana
que después olvidarías?

ELISA. Fernando! (A Fernando en voz baja.)

FERN. Usted me atropella
como gusta; y no consiento...

GEN. Es que tengo un documento
de esa inesperta doncella.—
Tome usted esa cartita. (Le dá un papel.)
Léala con atencion,
y diga si no es razon
la razon que así me irrita.
Verémos si así consigo
que me diga usté al instante
porqué Fanny, la cantante,
pretende hablar hoy conmigo.
Y en lo sucesivo sea
mas cauto en sus relaciones,
y evitará desazones
á quien no se las desea.

FERN. (Con ira reconcentrada.)
¡Vaya! ¿Usted se escandaliza,
mi amado tio y señor,
porque yo le hago el amor
á una niña... advenediza?
Pues debiera recordar
que cuando mi edad contaba,

tambien el señor amaba...
pero de un modo ejemplar!
Entonces...

GEN. ¡Tú no reparas
delante de quien estás!

FERN. ¿Yo?—¡Pues no faltaba mas!
¡Vaya! Se ven cosas raras!
¡Tú no reparas!... Es claro.
Porque usted repara mucho.

GEN. Cuando con calma te escucho,
puedes juzgar si reparo.

FERN. Bueno es que sepan...

GEN. ¡Fernando!

FERN. Que tuvo...

ADELA. ¡Por Dios, papá!

GEN. Ydos!

ANT. Señor...

GEN. Ydos ya!

ELISA. Pero papá...

GEN. Yo lo mando!

(Vánse las dos jóvenes.)

ESCENA III.

GENERAL.—DON ANTONIO.—FERNANDO.—LUIS.

FERN. (Prosiguiendo.)
Tal cual eminente actríz
ó sílfide vaporosa;
tal cual cantante famosa...

GEN. (Mirando con asombro á Don Antonio.)
(¿Qué dice?)

ANT. (¡Cómo!)

GEN. (Infeliz!

Descorre, descorre el velo!
¡No sabe á quien escarnece!)

FERN. ¿Creía usted..?

GEN. (¡Estremece
pensar..! ¡Castigo del cielo!)

LUIS. (A Fernando.)
Pero primo...!

FERN. Me provoca.

ANT. Basta ya, Don Fernandito.

FERN. Usté aquí no toca pito.

ANT. Yo... no...

FERN. Conque punto en boca.

GEN. ¿Qué es esto, señor sobrino?
¿Quien manda aquí?

FERN. Bien se vé.
Usted.

GEN. ¿Si? Pues mandaré.—
Mando, señor libertino,
que busque allá su solaz
entre mujeres mundanas;
que con sus cien cortesanas
se vaya, y nos deje en paz
con su vida licenciosa.

FERN. Sí: cien queridas tendré;
mas por ninguna dejé
ni á mi hija ni á mi esposa.

GEN. ¡Monstruo! Por todo atropellas.
¿Acaso yo..?

LUIS. (Interponiéndose.) Tio...

FERN. (Con marcada intencion.) No.
Pero usted no naufragó,
cuando naufragaron ellas.

GEN. ¿Y eso qué quiere decir?
¿No sabes que meses antes,

por asuntos importantes,
me tuve yo que venir?

FERN. Pues malas lenguas decían...

GEN. ¿Qué decían insensato?

FERN. Que por un honesto trato...

GEN. ¡Villanamente mentían!—
¡Y basta! Que no respondo....

FERN. Yo tampoco!

GEN. ¡Tú!

LUIS. ¡Fernando!

ANT. Señor..! (Al General.)

LUIS. ¿Estás delirando?

FERN. Es que yo conozco á fondo
cierta historia...

ANT. (A D. Fernando.) Por amor.....

FERN. Ciertos...

LUIS. Vete.

ANT. ¡Basta ya!

GEN. Basta, ó..! (Asiendo una silla.)

ANT. (Al General, conteniéndole.) Si ya se va.

GEN. (Indicando la salida.)
Hágame usted el favor...

FERN. Sí. Me voy.

GEN. Débeslo hacer.

FERN. Y la mañana no pasa,
sin que salga de esta casa,
para nunca mas volver.
(Váse precipitadamente.)

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS FERNANDO.

GEN. ¡Anda allá con Belcebú!
Y todos... Dejadme en paz.
Pues creo que soy capaz...

ANT. (A Luis.)
Vamos.

GEN. (Al irse Don Antonio, le dice imperiosamente.)
No! Quédate tú!

ESCENA V.

GENERAL. — DON ANTONIO.

GEN. ¿Es este el pago que das,
Antonio, á mis beneficios?
¿Es así como agradeces
el mirarte convertido,
merced á mi proteccion,
de mi criado en mi amigo?

ANT. Señor Marqués...

GEN. ¡Oh! ¡Cuidado!
Pues lo que no ha sucedido
con ese tronera, puede
suceder ahora contigo.

ANT. Dígame usted lo que guste.
Todo lo escucho sumiso;
pues yo no puedo olvidar
lo que le debo.

GEN. ¿Ha podido
saber por otro que tú
ciertos secretos mi hijo?

Ant. Si, señor. Puede...
Gen. ¿Por quien?
¿Por quien? ¡Ay! ¿No han fallecido
la esposa, inocente víctima
de mi proceder inícuo,
y aquella desventurada,
cómplice de mi delito?
¿No nos separan millares
de leguas de aquellos sitios,
teatro de mis placeres,
de mis locuras testigos?
Ant. Usted, señor, no recuerda
que Don Fernando ha corrido
toda la Europa y el Africa,
por mandato de usted mismo.
Un amigo, un compañero,
un viagero inadvertido,
úna casual circunstancia,
el accidente mas mínimo
pudo al instante ponerle
de la verdad en camino.
Que nada hay bajo del sol
oculto! Y los que vivimos
bajo la presion horrible
de ese torcedor continuo
que llaman remordimientos,
siempre vemos enemigos
y traicion, donde no hay mas
que el providencial castigo!
Gen. Es verdad. Tienes razon.
¡La providencia! La miro
descender sobre mi casa,
sobre mis hijos, el ídolo
de mi corazon, el único

tesoro que yo codicio!
¡Las acciones de los padres
se transmiten á los hijos,
y heredan nuestras virtudes,
ó purgan nuestros delitos!

ANT. Pero tambien usted hoy...—
Perdone usted si le digo
que no estuvo ni prudente,
ni juicioso ni político.—
Por marchar ó no marchar
al estrangero, ¿hay motivo
para que así se denosten,
se insulten?—Nunca he sabido
adular. A usted le consta
mejor que á nadie, y me ha dicho
muchas veces, que por eso
era su amigo mas íntimo.—
Pues bien. La razon estaba
de parte de Fernandito.

GEN. Siempre para tí lo está.
Nunca su padre ha tenido
razon para reprenderle
ni el mas absurdo capricho.
Y esto no data de ahora,
sino desde que era niño.
¡Oh! Si fuéramos á ver
las causas que han concurrido
á formar ese carácter
indomable, fiero, altivo,
ese orgullo inmoderado,
ese conjunto de vicios,
no saldrías tú muy bien
librado del escrutinio.
Parece que eres tú el padre,

y yo el estraño.

ANT. (Mirando de reojo al General.) (Qué ha dicho?
Sospechará..?)

GEN. Siempre, siempre
defendiendo al señorito!

ANT. Es verdad. (Disimulemos.
Fué casualidad. Respiro!)
(Alto.) ¿Y qué quiere usted, señor?
¿Puedo yo dar al olvido
lo mucho que me ha costado
desde que era pequeñito?
¿No me quedé yo con él
en Filipinas? ¿No ha sido
mi compañero de viaje?
¿No le salvé del peligro
de aquel horrible naufragio?
¿Porqué habré sobrevivido
á aquellos felices dias
en que yo era su cariño
único, su solo apoyo,
su bien, su amparo, su ídolo?
¡Cuántas veces en mis brazos
se dormia el angelito,
y abriendo sus grandes ojos,
me miraba entre dormido
y despierto: los cerraba:
tornaba despues á abrirlos
y á mirarme y sonreirme,
como diciendo en su estilo:
«¡Qué bien se duerme y descansa
en los brazos de un amigo!»
Y ahora... ¡ingrato ¡me aborrece...!

GEN. (¡Qué corazon tan sencillo!)

ANT. ¡Yngrato!—Y usted olvida

que yo tambien tuve un hijo
de la edad de Don Fernando,
casi hermano de ese niño!
¿Y quiere usted ¡hombre duro!
que no le ame con delirio?
¡Bastante desgracia tiene,
señor, con haber nacido!

GEN. Todo eso es mucha verdad.
Pero tú, con tanto mimo,
con tantas contemplaciones,
eres quien le ha pervertido—
¿Crees tú que yo no sé
que te arruinas?

ANT. ¿Qué me arruino?
¿Pues no le paso las cuentas,
y usted me abona....?

GEN. Entendido.
Pero existen ciertos gastos...

ANT. No hablemos de eso. No admito...

GEN. Quiero hablar: porque no es justo...
Ya se vé! El está creído
que eres tú corresponsal
de su padre, y que es muy rico.

ANT. ¡Con qué arrogancia me dice,
cuando pide: «Necesito
que libre usted al momento...!»
¡Ja, ja, ja! (Riéndose.)

GEN. Yo no me rio.
Eso no puede seguir.

ANT. Mas nos hemos distraído
de lo que hablábamos antes—
¿Porqué se mostró tan rígido,
y armó disputa con él,
por un motivo tan nimio?

GEN. ¿Nimio dices? ¡Ynsensato!
¿No comprendes el martirio
con que destroza y tortura
mi corazon ese inicuo?

ANT. ¿Qué dice usted, General?

GEN. ¿Te asombra lo que has oido?
¡Dichoso tú, que no alcanzas
á medir el hondo abismo,
que ante mis plantas abierto
contempla mi pobre espíritu!
¿No adviertes, desventurado,
que desde el momento mismo
en que pisó los umbrales
de este apacible recinto,
no se separa de Elisa,
qué la asedia de continuo,
que la requiebra de amores,
y quizás... ¡ Oh, me horrorizo
pensando que dos hermanos...!

ANT. Ya se vé! Crée que es primo.

GEN. Por eso, Antonio, por eso
esta escena he promovido,
buscando para iniciarla
tal vez un pretesto frívolo.
Poco importa que Fernando
renuncie ó no ese destino
con que alagar pretendía
sus ambiciosos instintos.
Lo que importa es que se vaya,
que se aleje de estos sitios,
en los que acaso pudieran
ocurrir graves conflictos;
y con su ausencia me deje
vivir y morir tranquilo.

ANT. Pues! Y apenas ha llegado,
cuando ya...

GEN. Lo he decidido.
No puede estar un momento.
Mañana se va.

ANT. (Aparte con tristeza.) Dios mio!

ESCENA VI.

DICHOS, — CRIADO.

CRIADO. (Anunciando.) Ladi Fanny Clery Parkinson.

ANT. Cómo!

GEN. Que pase.

ANT. (Qué ha dicho?)
¿La va usted á recibir?

GEN. Y porqué no?

ANT. No me esplico...
No alcanzo por que razon
temo...

GEN. Pero eso es ridículo.

ANT. (Con misterio.)
¿Usted oyó lo que cuentan
de Fanny?

GEN. Sí.

ANT. ¿Que ha vivido
en Filipinas?

GEN. Tambien.

ANT. Si sabe que usted no es tio
de Fernando...

GEN. No es probable. —
Pero estaré sobre aviso.

ANT. Mejor sería decirle...

GEN. Eso no.

ANT. (Marchándose.) Pues me retiro. —
Dios quiera que no tengamos,
General, que arrepentirnos.
GEN. Supongo que volverás.
Quiero que comas conmigo.
ANT. Bien. Hasta luego. (Váse por la derecha.)
GEN. Hasta luego. —
Pues no habia yo caido...

ESCENA VII.

GENERAL. — ERNESTINA.

ERN. ¿El Marqués de san Fulgencio...?
GEN. Servidor de usted. Yo soy.
ERN. ¡Tú!
GEN. ¡Qué veo! ¡Dónde estoy!
ERN. ¡Fernando!
GEN. ¡Cielos! ¡Silencio!
(Queda un momento anonadado. Después se dirige precipitadamente al fondo y tira del cordon de la campanilla. — Sale un criado.)
Que nadie nos interrumpa.
Si viene alguien, que he salido.
(Váse el criado.)
ERN. Por fin el cielo ha querido
que en dulce llanto prorrumpa!
GEN. ¿Eres tú? ¿No me fascina
vana ilusion? ¿No estoy loco?
¿Es realidad lo que toco?
¿Vives? ¿Vives, Ernestina?
ERN. Vivo... para padecer...
GEN. Mas... ¿Cómo...?
ERN. Fuera muy largo
de contar...

GEN. ¡Oh! sin embargo....
quiero...
ERN. Bástete saber
que unos indios nos salvaron..
GEN. (Con ansiedad.)
¿Y mi hija? ¿Vive?
ERN. Sí.
GEN. ¿Dónde? ¿Aquí?
ERN. Lejos de aquí.
GEN. ¡Hija mia!
ERN. Nos llevaron
á su Cacique ó señor.
Que allí seis años pasamos....
que al fin á Francia llegamos,
donde supe... con horror...
que ya te habías casado!
GEN. Creyendo cierta tu muerte...
ERN. Yo solo culpo á mi suerte.
GEN. ¿Cómo no te has presentado..?
ERN. ¿Yo presentarme? ¿Y á qué?
¿A sembrar el desconsuelo,
la consternacion y el duelo
en mi familia? — Yo sé
lo que me debo á mi misma. —
No es criminal tu segundo
matrimonio. Pero el mundo
juzga por distinto prisma.
Y si yo me presentara
diciendo: «Soy su muger.»
al punto echara de ver
y te arrojara á la cara,
con detalles bien prolijos,
tu adulterio que, inclemente,
trasladaría á la frente
de nuestros queridos hijos! —

Por mi propia dignidad,
por tu decoro y el suyo,
por su bien y por el tuyo,
debo callar.

GEN. (Abatido.) Es verdad.

(Pequeña pausa.)

¿Y nunca á Madrid viniste?

ERN. Nunca. Si hubiera venido,
todo se hubiera perdido.

GEN. Me asombra como pudiste
por tanto tiempo...

ERN. Eres padre...
¿y no puedes comprender..?
Es preciso ser muger
para entender á una madre! —
Lucha atroz, lucha terrible
largo tiempo sustenté:
lucha penosa que fué
mi tormento mas horrible.
De un lado, madre amorosa,
por mis hijas suspiraba.
De otro el recuerdo se alzaba
de la abandonada esposa.
Deberes que la conciencia
me murmuraba al oido...
Procederes del marido
que envenenó mi existencia...
Y el escándalo inaudito
que mi vuelta produjera.
Y la envidia que rastrera
cebara el diente maldito,
comentando á su sabor
tu situacion angustiosa;
y de tus hijos y esposa

la vergüenza, el deshonor!
Razones en pró y razones
en contra que me aturdían,
y que en mi mente adquirían
gigantescas proporciones!
¡Oh! Creí volverme loca! —
Mas al fin me decidí.
Y si me ves hoy aquí,
es porque al hombre le toca
proponer, y Dios dispone.
Es porque — el cielo lo sabe —
porque un suceso muy grave
en tu presencia me pone.

GEN. ¿Qué suceso?

ERN. Lo sabrás. —
Antes quisiera...

GEN. ¿Qué quieres?

ERN. (Con exaltacion.)
El mayor de los placeres
que tuvo madre jamás!

GEN. (Alarmado.)
¿Pretendes..?

ERN. (Suplicante.) ¿De qué te estrañas?
¡Oh! Se lo ruego á su padre!
Soy muger al fin: soy madre!
¡Y las tuve en mis entrañas!
¡Son mis hijas! — Las veré,
¿no es verdad?

GEN. (Desentendiéndose.) Ya las verás.

ERN. (Animándose por grados.)
Ahora, ahora mismo.

GEN. ¿Estás
loca?

ERN. No. Mas lo estaré

si no me das á mis hijas.
Quiero verlas.
(Mirando á las habitaciones interiores.)

GEN. (Conteniéndola.) ¡Oh! ¡Por Dios!

ERN. Quiero verlas á las dos.

GEN. Mas cuando á ellas te dirijas,
¿calmarás tu agitacion?

ERN. Es tan justa mi impaciencia!
¡Después de tan larga ausencia..!
¡Hijas de mi corazon!
(Dirige con creciente ansiedad sus miradas al interior de las habitaciones, avanzando á una de ellas.)

GEN. Aguarda, muger. Ten calma.

ERN. (Con exaltacion.)
¿Calma dices? Inhumano!
¿Tiene una madre en la mano
los impulsos de su alma?—
Dile al bravío torrente
que del monte se despeña,
saltando de peña en peña:
«Para. Ten calma. Detente.»
Manda que la ruda piedra,
de la honda desprendida,
vuelva al punto de partida.
Que no se ampare la hiedra
del árbol que mas le cuadre...
Mas no sujetes jamás
á ridículo compás
los arranques de una madre!—
¿Las llamas?

GEN. (Decididamente.) No.

ERN. No me aflijas
con ese *no* tan rotundo.

GEN. ¿Pues no decías que el mundo..?

ERN. El mundo no son mis hijas! —
Llámalas.

GEN. ¡Qué obstinacion!
¿No conoces que te espones
á perder..?

ERN. ¡Oh! Tus razones
no convencen mi razon.
Quien pudo sufrir callando
tantos años de tormento,
¿no podrá por un momento
guardar silencio, Fernando?
De mi prudencia responde
mi acreditada prudencia.

GEN. Mas al verte en su presencia...

ERN. ¿Dónde están mis hijas, dónde?

GEN. Las verás, si te contienes.

ERN. ¡Oh! Sí, sí. Me contendré.
Mis sollozos ahogaré.

GEN. Y has de decirles que vienes
con visita de su tio.

ERN. ¿De Luis?

GEN. Justamente.

ERN. Sí.

GEN. Pues van á venir aquí.

ERN. ¡Oh! ¡Gracias, Fernando mio!

GEN. (Llamando.)
¡Ola! (Aparece un criado.)
Di á las señoritas
que vengan. (Váse el criado.)

ERN. (En la mayor agitacion.) Van á venir!
¡Oh! Qué importuno latir!
Corazon, ¿por qué te agitas?

GEN. (Contemplándola.)
¡Ynfeliz! ¡Qué situacion!
(Viendo que vacila.)

Siéntate (Le aproxima un sillon.)

ERN. (Sentándose.) Si. Ya no puedo...
De mí misma tengo miedo!
¡Oh, corazon, corazon!
¿no lograré que corrijas
tu incesante palpitar?
¡Ay! Se quiere adelantar
á recibir á mis hijas!

GEN. Calma; modera ese afan.

ERN. ¿Que me calme?

GEN. (Como dirigiéndose á dar contraórden.)
Si no, voy...

ERN. (Haciendo un esfuerzo supremo.)
¿No ves que tranquila estoy?

GEN. (Mirando al foro.)
Ya vienen.

ERN. ¡Ay! ¡Aqui están!

ESCENA VIII.

ADELA, ELISA, GENERAL, ERNESTINA.

ELISA. ¿Nos has llamado, papá?

GEN. Esta señora quería
conoceros.

ELISA. Beso á usted
la mano.

ERN. (¡Dios! ¡Que fatiga!
¡Qué calor!)

ADELA. Celebro mucho...

ERN. (¡Ay! Esa voz me asesina!)

GEN. Tráe visita de mi hermano.

ELISA. ¿Del tio Luis?

ADELA ¡Que alegría!
¿Y donde le ha visto usted?

(Momento de silencio.)

GEN. (Aparte á Ernestina.)
Habla, por Dios!

ERN. (Con voz ahogada.) En... Manila.
(Qué lindas son! ¡Y no puedo
darles un beso!)

ADELA. ¡Ay, Elisa!
Esta señora es sin duda
Ladi Fanny...

ERN. Si.

GEN. La misma.

ADELA. (Prosiguiendo.)
Cuya interesante historia...

GEN. ¿Que historia?

ADELA. ¡Ay! Una tan linda!

ERN. ¿Sabe usted...?

ADELA. ¿Linda? No. Triste.
Pues desgarró el alma mia,
renovando en mi memoria
la de mi madre querida.

ERN. ¿Se acuerda usted de su madre?

ADELA. ¿Que si me acuerdo? No hay dia...
¿Qué es dia? No hay una hora,
no hay un momento en mi vida,
que no se halle consagrado
á su recuerdo.

ERN. (Aparte anegada en llanto.) ¡Hija mia!

ELISA. Pero, Adela...

GEN. Es cierto. Adela...

ERN. (Aparte al General.)
Déjala por Dios que siga.
(Para sí.)
Gracias, Dios mio! (Alto.) Su triste
madre, bella señorita, —

no lo dude usted — la oye,
la contempla enternecida,
y acaso, allá entre los ángeles,
amorosa se sonría,
de puro y santo entusiasmo,
de orgullo materno henchida,
al admirar, estasiada,
la ternura de su hija!

ADELA. ¿Pues no son todas así?
¿Tiene usted hijos?

ERN. Tenía!
Mas ya solo tengo una...
¡una sola ya!

GEN. (Aparte á Ernestina.) ¡Ernestina!

ERN. Las otras...

ADELA. ¿Murieron?

ERN. ¡Ay!
Murieron! O mas impía
la suerte acaso conmigo,
las alejó de mi vista.

ADELA. ¿Separarse de su lado?
¿Renunciar á sus caricias?

ERN. Hay en el mundo deberes...

ADELA. ¿Cuales deberes podrían
apartarme de mi madre,
si yo tuviera esa dicha?
Siempre mirándome en ella
y á sus órdenes sumisa,
todas las penas del mundo
para mí se acabarían.
Porque la pena de un hijo
debe huir despavorida,
al sentir el dulce beso
de su madre, en la mejilla!

Ern. ¡ Y las penas de las madres
al sentir los de sus hijas !
(A Elisa.)
¿ Y usted no opina lo mismo ?
Elisa. Yo no soy tan espansiva.
Y quizás á usted, señora,
mi hermana la mortifica
con su sensibilidad
franca y comunicativa
Ern. ¿ Mortificarme? Al contrario.
Me enamora! Me electriza!
Y me estaría escuchándola
¡ ay de mí ! toda la vida !
(A Adela.)
Conserve, conserve usted
siempre fresca, siempre viva,
la memoria de esa madre,
que quizás á esta hora misma,
postrada, estará rogando
á Dios por su eterna dicha!
Y en sus cortas oraciones
pídale al Señor, querida,
que mitigue sus tormentos...
que acaso lo necesita!
Adela. Que ruegue por ella? ¡Oh, si!
La rezo todos los dias.
Siempre le pido á la madre
de Dios, la Virgen Santísima,
que cuando me lleve al cielo
me coloque muy cerquita
de mamá, para mirarla,
para estasiarme á su vista!
Ern. (Al General.)
Fernando: no puedo mas.

Haz que se vaya esa niña.
GEN. Vamos. Podeis retiraros:
que esta señora tenía
que decirme...
ELISA. A Dios, señora.
ERN. A Dios, bella señorita.
(¿Y no he de darles un beso?)
(Alto.) No sé si será atrevida
mi pretension; mas diciéndola
cumplo mi encargo.—Traía
la mision de dar á ustedes...
un beso en cada mejilla.
ADELA Con mil amores.
ELISA. [Asintiendo.] Señora...
ERN. Es encargo de su tia.
ADELA. Pues démele usted muy fuerte.—
Pero no el de despedida.
GEN. No se despide. Te ofrezco
que la verás todavía.
ADELA. ¿Con que tendré el gusto..?
ERN. Si.
ADELA. No sé porqué simpatizan
nuestras almas. No me esplico...
ERN. ¡Cosas del cielo, hija mia!
ADELA. Bese usted. (Presentándole la mejilla.)
ERN. (Besándolas.) (¡Ay! Estos besos
el corazon me lastiman.)
ADELA Y á Dios. (Yéndose.)
ELISA. A Dios.
ADELA. (Volviendo.) Mas después...
(Mirada de impaciencia del General.)
Ya me voy, papá. (Que prisa!)
(Váse.)

ESCENA IX.

ERNESTINA. — GENERAL.

ERN. ¡Ay! Esa niña me encanta.
Me lleva el alma detrás.
¿Y no ha de saber jamás...?
Es un angel, una santa.
GEN. Vamos. Calma el desconsuelo,
y di...
ERN. Si no puedo hablar.
Deja, déjame llorar,
que el llanto es un don del cielo!
¡Que sabio fuiste, Dios santo,
cuando en tu piedad inmensa
créaste, para defensa
de los débiles, el llanto!
Con él al dolor profundo
dístele un bien, un tesoro.
No cambiara yo este lloro
por todo el oro del mundo!
GEN. Conque... ¿llegaré á saber...?
ERN. Si: muy pronto lo sabrás.
Aguarda un momento.
[Pequeña pausa.]
GEN. ¿Vas
á referirme...? (Segunda pausa.)
ERN. (Enjugándose las lágrimas.)
Que ayer
me juzgaba desgraciada:
mas esta mañana, al verte,
vi ya en tu mano mi suerte,
y nada me arredra, nada.

GEN. ¿Dices que en mi mano..?
ERN. Si. —
Yo buscaba hoy al Marqués
de San Fulgencio, y después
pensaba acudir á tí.
GEN. ¿No sabías...?
ERN. Si: sabía
que era un título lejano
de tu familia.
GEN. Temprano
le acercó la muerte impía.
Si ves mis armas ornadas
con corona de Marqués,
Ernestina, á costa es
de prendas idolatradas.
ERN. Si de él nada conseguía,
mi objeto era averiguar
donde estabas, y marchar
á buscarte; pues creía
que tú serías mi escudo,
mi protector y consuelo
en el trance con que el cielo
nos amenaza sañudo.
GEN. Bien. Pasemos adelante.
ERN. Yo venía preguntando
por el tio de Fernando...
GEN. (Alarmado.)
¿Qué Fernando?
ERN. Bustamante. —
¿No eres tú su tio?
GEN. (Asintiendo impaciente.) Acaba.
ERN. Pues sin saberlo acerté.
Me hacías falta, y te hallé
cuando menos lo esperaba.

Ya no hay pena que me aflija.
Tú todo lo arreglarás,
Fernando...

GEN. ¿Yo..?

ERN. Y salvarás
á nuestra querida hija.

GEN. ¿Qué hija?

ERN. ¡Pregunta rara!
La única que me resta.
¿Cual ha de ser?

GEN. (¡Tambien esta!)

ERN. Nuestra idolatrada Clara.

GEN. ¿Pero que tiene que ver... —
¡Oh, me estás asesinando! —
nuestra hija con Fernando?

ERN. Que le ama!

GEN. (Horrorizado) ¡No puede ser!

ERN. Como no? Le ama.

GEN. (¡Que horror!)

ERN. Y con amor tan inmenso
cual no hay en el mundo, y pienso
que nunca le hubo mayor.

GEN. ¿Y él..?

ERN. Tambien, tambien la quiere.
Pero sin duda ninguna
la diferencia de cuna
su felicidad difiere.

GEN. (¡Malvado!) ¿Y Fernando os dijo..?

ERN. Si: Fernando le decía
que su tio se oponía.

GEN. (¡Oh! Reconozco á mi hijo!)

ERN. Mas hoy todo se concilia.

GEN. (Ya empieza mi espiacion.
Ya veo la maldicion

de Dios sobre mi familia!)
¿Y tú quieres..?

ERN. No hay remedio.
Muerta, ó casada con él.
La eleccion será cruél;
pero no hay término medio.
Lenta, horrible enfermedad
va minando su existencia,
mostrando solo á la ciencia
su rebelde intensidad.
Mas yo la causa colijo;
que de una madre el amor
es el mas sabio doctor
en las dolencias del hijo.

GEN. ¡Oh! ¡Jamás!

ERN. ¿Jamás? ¿Que dices?

GEN. ¡Quita! ¡Aparta!

ERN. ¡Hombre cruél!—
Bien. Me entenderé con él.

GEN. ¿Tú?— ¡Infelices! ¡Infelices!

ERN. Si. El...

GEN. No puede... no debe...

ERN. Pero ¿porqué?

GEN. Porque no!
No quiero decirte yo...

ERN. ¿Y en el siglo diez y nueve
puede acaso tolerarse,
que rancias preocupaciones
dividan dos corazones
que han nacido para amarse?
Yo no lo consentiré.
Ya sabes el gran servicio
que te hacía. El sacrificio
inmenso...

GEN. ¿Y bien?
ERN. Hablaré.
Sabrá el mundo quien soy yo.
Defenderé mi derecho,
y de mi orgullo á despecho
seré tu muger.
GEN. ¡Oh, no!
ERN. ¿Dónde tu esposa se esconde?
Llámala, llámala presto.
Que sepa que ocupa un puesto
que á mí sola corresponde.
Llámala. ¿Pero qué digo?
Yo misma, yo misma iré...
(Da algunos pasos en direccion á la puerta izquierda.)
GEN. (Deteniéndola.)
No puedes verla.
ERN. ¿Porqué?
GEN. Porque no vive conmigo.
ERN. ¿No?—Pues mis hijas tambien
deben conocer...
GEN. (Saliéndole al encuentro.) ¡Detente!—
¿Quieres saber ¡imprudente!
la causa..?
ERN. (Con resolucion.) Quiero.
GEN. Pues bien.—
Ya que lo exijes
ERN. Lo exijo.
GEN. (Agitado.)
Ese Fernando... que creés
mi sobrino...
ERN. (Alarmada.) ¿No lo és?
GEN. No.— Es... ¡mi hijo!
ERN. ¡Tu hijo!

GEN. Tú sabías ya mi amor...
Perdon te pido, Ernestina.
ERN. (Con el mayor desprecio.)
¿Con aquella bailarina?
GEN. ¡Por piedad!
ERN. ¡Horror! ¡Horror!
(Pequeña pausa.)
¡Por que cenagal inmundo
de episodios deshonestos
pasan las esposas de estos
hombres que llaman de mundo!
Hombres que si absolucion
logran de la sociedad,
tendrán en la eternidad
una horrible espiacion! —
¡Hija del alma! ¡Hija mia!
¡Hija!
GEN. ¡Por Dios...!
ERN. ¡Libertino!
¡Tú serás el asesino
de tu hija!
GEN. ¡Suerte impía!
ERN. No hay para su mal consuelo,
¡que son hermanos los dos!
¡Hija..! — ¡Bendito sea Dios!
GEN. ¡Hija! — ¡Castigo del cielo!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

D. FERNANDO.—UN CRIADO.

FERN. Di á la señorita Adela
que la estoy aquí aguardando.
CRIADO. La señorita no está.
Ha salido con el amo
de paseo.
FERN. Pues á Elisa.
CRIADO. Doña Elisita está abajo
con una señora.
FERN. ¿Donde?
CRIADO. En el jardin.
FERN. (Incomodado.) ¡Pues alabo
la dificultad! Avísala.
Dile que está Don Fernando,
que quiere verla un momento
CRIADO. Yo... Si...

FERN. ¡Despacha, gaznápiro!
CRIADO. Bien, señor, bien. (Váse.)
FERN. ¡Pues estoy
para perder tiempo!

ESCENA II.

D. FERNANDO. — D. ANTONIO.

ANT. ¡Oh! ¡Cuanto
me alegro de hallar á usted!
FERN. Yo tambien á usted.
ANT. (Alargándole la mano.) La mano...
FERN. Qué mano ni qué..! Dinero
es lo que hace falta
ANT. (¡Ingrato!)
FERN. Necesito diez mil reales
al momento.
ANT. ¿Para cuando?
FERN. Para esta tarde á las cinco.
ANT. ¡Pues! Y van á dar las cuatro.
FERN. No hace falta tanto tiempo
para contar...
ANT. (Con dulzura.) Pero, vamos...
¿no entrará usted en razon?
FERN. (Bruscamente.)
Ya de sermones me canso,
Don Antonio. ¿Piensa usted
que no fué bastante largo
el de mi tio, y pretende
corregirlo y aumentarlo?
ANT. ¿Rechaza usted á un amigo..?
FERN. ¡Que si quieres! ¿Un criado
puede ser amigo nunca

de su señor?

ANT. ¡ Voto al chápiro!
¡ Yo su criado!

FERN. (Con desprecio.) Es verdad.
No, no pica usted tan alto.
Es usted mi papelera...
mi gaveta. Llego: la abro:
saco lo que me hace falta:
la cierro, y *Laus Deo.*

ANT. ¡ Bravo!
¿Con que soy una gaveta?
Que gracioso! — Pues, cuidado..!
no se atasque...

FERN. (Irritado.) Si se atasca,
sin piedad la descerrajo!

ANT. ¡ Como! ¿ Sería capaz..?

FERN. De hacer á usted mil pedazos,
si no me entrega al momento
la suma que le reclamo.

ANT. ¡ Don Fernando! (Esto es horrible!
¡ Que escuche yo de sus labios..!)

FERN. ¡ Pues está la Magdalena..!

ANT. ¡ Don Fernando! ¡ Don Fernando!
¿ Es posible que así abuse
de mi cariño, insensato?
¡ No soy nada para usted!
¡ Soy un cualquiera, un estraño!
¡ Tan pronto, señor, olvida
las penas, los sobresaltos,
los afanes que me debe,
los infinitos trabajos,
los continuos sinsabores
que por usted he pasado!
¿ Quien le cuidó en su niñez?

¿Quien le salvó..?

FERN. (Con sarcasmo.) ¿Del naufragio?
Siempre sale á relucir
lo de las olas... y el barco...
y el chapuzon que se dió
para salvarme nadando...
y que sé yo cuantas cosas!
Pero yo soy tan escaso
de memoria, que me olvido
sin querer...—Y hablemos claros.
¿Qué le debo yo? ¿La vida?
¡Pues me hizo usté un gran regalo!
Se la doy á quien la quiera.
Conque menos arrumacos,
y á cumplir la obligacion
como Dios y yo mandamos.

ANT. (Esto no es hombre, Dios mio!
Es una fiera!)

FERN. Estoy harto
de sermones.—Ya lo dije.—
Y hoy mismo, para evitarlos,
escribo á mi señor padre
que le releve del cargo
de ser su corresponsal,
y que gire sobre el Banco
lo que le pida.

ANT. ¿Es decir:
Que usted me aborrece ¡ingrato!
Que me paga mi cariño...

FERN. Ni le aborrezco ni le amo.—
Y acaso, acaso... si usted
no me predicara tanto,
tal vez...

ANT. ¡Qué escucho!

FERN. Quizás...

ANT. ¿Sería usted mas humano
conmigo? (Fernando se encoje de hombros.)
(Pues es muy cierto.
Siempre le estoy sermoneando.
Siempre haciéndole la contra.
Y el pobre se aburre, ¡ es claro!)
(Alto.) Tiene usted razon, y mucha!
Mucha! No me haga usted caso.
Su tio y yo somos dos
locos, que nos olvidamos,
porque vamos siendo viejos,
de cuando éramos muchachos.—
Vida nueva. Desde hoy
seré su amigo, su esclavo;
y no vuelvo á reprenderle
aunque me áspen.— Mas en cambio,
¿podré esperar que usted mire
con amor..?

FERN. (Desentendiéndose.) Bien. Pero al grano.
Usted olvida...

ANT. Es verdad;
es verdad. Vóime volando
á traerle ese dinero.

FERN. No: no lo quiero en metálico.
En letra sobre París.

ANT. ¿Sobre París? ¡ Conque al cabo..!
(¡ Triste de mí, que pensaba..!)
(Alto.) ¿ Se marcha usted?

FERN. Si; me marcho
al amanecer.

ANT. (¡ Dios mio!)
(Alto, tratando de ocultar sus lágrimas.)
Hace usted bien... bien. Lo aplaudo.

Por mas que este pobre viejo...
Vaya... á Dios... hasta otro rato. (Váse.)

ESCENA III.

FERNANDO. (Solo.)

Es singular el cariño
que siempre me ha demostrado
este Don Antonio! Y yo...
—Lo confieso.— Me hace daño.
No le puedo resistir.
Me encocoran sus halagos,
sus mimos...— Ese es el mundo.
Porque le debo, le pago
con ingratitud.— ¿ Mas quien
me mete á filosofastro?—
Lo que conviene es que Elisa... (Mirando al interior)

ESCENA IV.

FERNANDO. — **LUIS** que aparece por el balcon del jardin. — Despues salen dos criados que tráen sobre un sillon á **ERNESTINA** desmayada. — Detrás **ELISA.**

LUIS. (Desde dentro.)
Por aquí. Subid despacio. (Aparece.)
FERN. ¿Que es esó Luis?
LUIS. Ya lo ves.
Que le acometió un desmayo
á esta señora, y la tráen...
FERN. (¡ Cielos ! ¡ Fanny ! ¡ Y en que estado!)
(A Luis.) Pero dime...
LUIS. (A Fernando.) Ya hablaremos.

ELISA. (A los criados.)
Entradla aquí: en este cuarto.
(Señala el de la derecha.)
FERN. Te espero, Elisa.
ELISA. Lo sé. —
No está usted mal esperando.

ESCENA V.

FERNANDO. — LUIS.

LUIS. ¿Sabes qué digo, primito?
FERN. ¿Qué dices?
LUIS. Que si á este paso
proseguimos, vas á dar
conmigo en el campo-santo.
Esta mañana una riña;
luego este susto...
FERN. ¿Y yo acaso..?
LUIS. Mírate bien.
FERN. Ya me miro.
LUIS. ¿Presumes que eres estraño
completamente á este lance?
FERN. Completamente.
LUIS. Veamos. —
¿No te acuerdas..?
FERN. Si: me acuerdo.
No me hables de eso.
LUIS. Te hablo,
porque quisiera advertirte...
FERN. Mira: di lo que ha pasado,
y déjate de advertencias,
Luis, que no vienen al caso.
LUIS. Bien poco puedo decir.

Sé por Elisa que, hablando
con el tio esa señora,
se sintió mala: bajaron
las dos al jardin, y allí...
Mas... primo, seamos francos.
¿No te dice la conciencia
que tal vez Clara...?

FERN. Mas bajo.
Que puede Elisa.

LUIS. ¿Es posible
que no te canses de tantos
embrollos? ¿Que no escarmientes...?

FERN. Ni escarmiento, ni me canso.
Porque el brillante periodo
de la juventud no es largo,
y pienso, con tu permiso,
primo mio, aprovecharlo.
Y si quieres convertirme,
te advierto, Luis, de antemano,
que para entrar en la órden
de Predicadores.... Vamos... —
Siento tener que decírtelo. —
Pero no estás aun formado.
Tienes poca autoridad...
poca talla... y pocos años.

LUIS. Pocos. — Pero las razones
no tienen edad ni rango,
ni se contestan con bromas,
ni se vencen con sarcasmos. —
Esa inocente, esa madre,
que por ti viven penando,
y que ciego martirizas,
sin que te hayan hecho daño,
serán... brillantes troféos

de la juventud..! Y acaso
digas que la sociedad
tiende benigna su manto
sobre tales estravíos,
y que dá.., asi... cierto baño
de romántico interés
al hombre que es temerario,
y en empresas amorosas
intrépido y desalmado.
Pero no es la sociedad:
no es la sociedad, Fernando.
Es ese conjunto informe
de necias y atolondrados,
que toman la voz del mundo
solo porque hablan muy alto,
y en todas partes pululan,
y en tertulias y saráos
ensalsan quizá los nombres
que deben estar mas bajos.
Porque los hombres formales
en todos tiempos y casos
te dirán con voz severa,
que el engaño es siempre engaño:
que la virtud no transije
con farsas ni con escándalos;
y que todos esos lances
é intrigas, sueño dorado
de mugeres casquivanas
y de jóvenes incautos,
son recibos á pagar
cuando menos lo pensamos!

FERN. ¡ Bien! ¡ Muy bien! ¡ Bravo. Luisillo!
¡ Me has gustado! ¡ Me has gustado!
¡ Caramba, que lucidéz

y que magníficos rasgos!
¿Sabes que es una injusticia
que no te hagan Diputado?

LUIS. Búrlate. No me hacen mella
tus maliciosos aplausos.
Puedes decir lo que gustes;
pues ya estoy acostumbrado
á que se burlen de mí
cuando de estas cosas hablo.

FERN. No. Si estuviste sublime,
soberbio!— No hay mas de malo
que el no guardar relacion
tus palabras con tus actos.
Porque tú pecas tambien:
tambien amas.

LUIS. Tambien amo.
Mas á una muger tan solo.
Con un fin honesto, honrado.
La quiero bien: pero quiero
mas á la virtud!

FERN. Lo aplaudo.
La virtud ¡Oh! La virtud!
Vaya! Yo tambien la trato:
y pienso tratarla mas
á medida que los años
vayan...

LUIS. Cuando seas viejo?

FERN. Justo. Lo has adivinado.—
Mas..¿qué querías que hiciera
con Clara?

LUIS. Darle tu mano.
(Movimiento de Fernando.)
Casarte con ella, si.

FERN. (Después de mirar fijamente á Luis.)
Tú sin duda has almorzado

fuerte. — Casarme con ella!
LUIS. No le prometiste...?
FERN. Es claro.
Mas de prometer á dar
hay mucho trecho.
LUIS. ¡Fernando!
¿Posible es que un caballero..?
FERN. Si hubiéramos de casarnos
con todas las que... ¡Ba, ba!
No seas estrafalario. —
(Con orgullo.)
Yo soy Bustamante! y ella...
LUIS. Eso debiste mirarlo
antes, y obligarte mas
para no engañarla.
FERN. ¡Bravo! —
Mira: doblemos la hoja,
que nos vamos enredando.
No la eches de Don Quijote
en los tiempos que alcanzamos.
LUIS. Es verdad. (Mira á la habitacion de la derecha.)
— Ya viene Elisa. —
Mejor es no hacerte caso.
Porque es muy difícil, primo,
que tú y yo nos entendamos. (Váse.)

ESCENA VI.

FERNANDO. — ELISA.

FERN. Alabado sea Dios!
ELISA. ¿Pues no estaba Luis contigo?
FERN. ¿Das audiencia? ¿Al fin consigo
que nos veamos los dos?

ELISA. Yo no te buscaba á ti.
Buscaba á Luis.
FERN. Ya se vé!
Tan ocupada está usté,
que no hace caso de mí.
ELISA. ¿Tambien quiere usted saber
todas mis ocupaciones,
y de todas mis acciones
noticia esacta tener?
Fuera muy necio exijir.
FERN. Era exijencia de amor.
Mas al ver tanto rigor,
nada tengo que decir.
Sé que tu padre el objeto
logró que se proponía.
ELISA. No señor. Si yo sabía
su abominable secreto.
¿Cómo habia de ignorar
que es usted un Juan Tenorio,
cuando es un hecho notorio
que nadie puede negar?
¿Que con fuego irresistible
su ardiente pecho se inflama:
que cuantas vé, tantas ama:
que es usted muy combustible?
¿Que no hay límite ni valla
que sus ímpetus contenga,
ni muger á quien no tenga
por abyecta y vil vasalla?
Mas sepa Su Magestad
que ante su gran poderío
yo me sublevo... y me rio
de su inmensa autoridad.

FERN. (Con sarcasmo.)
Siempre fuisteis muy sagaces
y oportunas las mugeres.
¡Hoy justamente no quieres
hacer conmigo las paces!
Hoy, que vengo decidido
á romper antiguos lazos,
y á recobrar en tus brazos
el sosiego que he perdido:
hoy, que la prueba mayor
te doy de mi llama intensa:
hoy, que mi cariño piensa
en un legítimo amor:
que se decide tu tia,
comprometida por mí,
á pedir tu mano... ¡así
pagas mi amante porfía!
Haces muy bien! ¡Oh! Bien hecho!
Fui débil por un instante,
y te muestras arrogante.
Bien. Estás en tu derecho.
¡Y luego quieren que el hombre
sea dócil en amores,
y abjure ciertos errores
de la moral en el nombre!
Hoy, que á la virtud, cobarde,
volví un momento no mas,
me grita mi sino: «Atrás!
Ya es tarde, imbécil, ya es tarde!» —
Pues bien: de negro veneno
se nutrirá mi existencia.
¡No quiere la Providencia,
no quiere que sea bueno!
ELISA. Si quiere, Fernando, si.

Perdona si te he ofendido.—
¿Conque al fin has consentido..?
FERN. Sí. Venciste. Consentí.
Ciega inclinacion me guia
hacia tí. Mas temo y dudo...
pues mi destino sañudo...
ELISA. ¿No dijiste que mi tia
viene, á tu deseo fiel,
á pedir á papá...
FERN. Viene.
ELISA. Pues confía; porque tiene
gran influencia con él
FERN. No sé. Me dá el corazon
que tu padre ha de negarse.
(Con intencion)
Mas de mí no ha de burlarse,
si tienes resolucion.
ELISA. ¿Y porqué se ha de negar?
FERN. ¡Oh! Pongámonos en todo.
¿Quieres tú de cualquier modo
ser mia?
ELISA. ¿Puedes dudar
de mi cariño, inhumano?
Si mi padre se negara,
todo peligro arrostrara,
y tuya fuera mi mano.
¿Mas porqué...? ¿No es una misma
tu noble y mi noble cuna?
¿No es igual nuestra fortuna?
¿Cómo por tan triste prisma
ves, Fernando, nuestra suerte?
FERN. Cuenta, Elisa...
ELISA. (Con resolucion.) En todo evento,
no dejaré ni un momento

de amarte y obedecerte.
FERN. Pues bien. Si la suerte mia
se muestra cual siempre avara...
—cosa que veo tan clara
cual la luz del mediodia—
esta noche yo...
ELISA. ¿Esta noche?
FERN. Si. No hay tiempo que perder.
Me marcho al amanecer.
ELISA. ¿Te vas?
FERN. (Con misterio.) Escúchame.—Un coche...
y dentro cierta señora,
persona muy conocida
tuya, y prima muy querida
de tu corazon...
ELISA. ¿Teodora?
FERN. La misma.—Te esperará
á la puerta del jardin.
Yo subiré...
ELISA. ¿Y á que fin?
Si nos sorprende papá...
FERN. Me ofenden esos recelos.—
Con un fin legal, honrado.
(Con misterio.)
Todo está ya preparado
Para el depósito.
ELISA. ¡Cielos!
FERN. ¿Dudas?
ELISA. Fernando... ¿Qué quieres?
He de pasar el rubor..?
FERN. (Irritado.)
¡De hablar al Gobernador!
¡Fíese usted de mugeres!
ELISA. ¿Luego me vuelvo?

FERN. (¡ Me irrita!)
Te vuelves aquí otra vez
con tu prima. Viene el Juez
mañana, y te deposita.

ELISA. Bien.

FERN. ¿ Yrás?

ELISA. (Consintiendo con repugnancia.) Yré.

FERN. Corriente.—
(¡ Vencí!)

ELISA. Lo mejor será
que no dé lugar papá...
Mas, vete; que viene gente.

FERN. No temas. Antes que lleguen
me voy por la galería.—
Conque...

ELISA Si.— Vete.

FERN. (¡ Ya es mia!
¡ Ahora que me la nieguen!)

(Váse por el balcon que conduce al jardin.— Al retirarse precipitadamente Elisa, entra Adela.)

ESCENA VII.

ELISA. — ADELA.

ELISA. ¡ Ay! ¿ Eres tú?

ADELA. ¿ Donde está
esa señora?

ELISA. ¿ Qué? ¿ Sabes..?

ADELA. Me han dicho que está peor.

ELISA. Acaba de desmayarse
en mis brazos. ¡ Me dió un susto!

ADELA. No es para menos el lance.

ELISA. ¿Quien te ha traido?

ADELA. Papá.
Vino en el coche á dejarme,
y se marchó.
ELISA. ¿No ha subido?
ADELA. No. Dijo que le llevasen
á casa de Don Antonio.—
Mas no acabas de contarme...
ELISA. Nada. Que se desmayó...—
¿No estaba, cuando marchaste,
ya en el jardin?
ADELA. Si.
ELISA. Pues bien.
La subieron al instante:
la echamos sobre mi cama...
ADELA. Mas cuando tú la dejaste..?
ELISA. Ya se le había pasado,
y quería levantarse;
mas no se lo permití,
por que tenía el semblante
tan pálido....
ADELA. ¡ Pobrecilla!
ELISA. Y acababa de quedarse
dormida, cuando yo tuve...
ADELA. Pues voy á ver...
ELISA. Aquí sale.

ESCENA VIII.

DICHAS.— ERNESTINA.

(Al salir Ernestina acuden presurosas las dos jòvenes y la prodigan sus caricias conduciéndola al sofá y sentándola en medio de las dos.)

ERN. ¡ Gracias, bellas señoritas,

gracias! Ustedes no saben
el bien qne con sus cuidados,
que con sus caricias hacen
á este pobre corazon...

ADELA. Vamos: no hay que amilanarse.

ELISA. ¿Se siente usted mas tranquila?

ERN. ¡Tranquila! ¡Ay de mí! No cabe
tranquilidad en el pecho
de aquel á quien recio abate
con su rigor el destino,
fiero, sangriento, implacable!
¡Tranquilidad en quien, viendo
al hijo suyo asomarse
al borde de un precipicio,
no puede decirle: « Apártate! »
¡Tranquilidad en quien mira
languidecer, marchitarse
la hija de sus entrañas,
y en vez de alivio á sus males,
halla la seguridad
de que son interminables!
Solo al Altísimo es dado
con su poder consolarme.

ADELA. Y no podrá la amistad..?

ERN. ¡Oh, si! Ustedes son dos ángeles
que Dios me envía, piadoso,
para hacerme soportable
mi desgracia. Si, hijas mias...—
Permítanme que las trate
de este modo, y les dé un nombre
tan dulce para una madre.

ADELA. Con mucho gusto.

ERN. ¡Hijas mias!
Solo ustedes pueden darme

fuerzas para resistir
con valor mi amargo cáliz.

ELISA. Cuente usted con el cariño...

ERN. ¡Oh Dios! Que gozo tan grande
siento al abrazar á ustedes!
Porque no hay pena durable
para el que tiene la dicha
de unir á su pecho amante,
de estrechar al corazon
corazones que le ámen!
¿Y ustedes me áman, ¿no es cierto?
Yo no puedo conformarme
con serles indiferente.

ELISA. Siempre fue usté interesante
para nosotras, señora.

ADELA. Es verdad. Es verdad. Antes
de conocerla, sentíamos
un placer inesplicable
al oir su triste historia
que es ¡ay Dios! muy semejante
á la de mamá, y nos trajo
á la memoria su imágen
y el recuerdo de sus hijas
en sus últimos instantes!
Tambien, còmo usted...

ELISA. Adela!

ERN. Deje usted, por Dios, que hable.
(¡Hija del alma!) (Prorrumpe en llanto.)

ELISA. ¿Lo ves?
No puede tranquilizarse
si la escitas...

ADELA. Es verdad.

ERN. No. Estas lágrimas me hacen
mucho bien. Lloro de júbilo.

ELISA. Pero son perjudiciales
esas emociones...

ERN. ¡ Siento
un placer tan inefable
cuando con su dulce voz
pronuncia el nombre de madre!
¿Qué quiere usted? Yo tambien
tengo una hija...

ELISA. No obstante:
usted necesita calma,
quietud, sosiego, y no frases
que puedan contribuír
á recordarle sus males. —
Por Dios, Adela: te encargo...

ADELA. Verdad. Hice un disparate.

ELISA. Ahora, si usted me permite..,
(Indicando que se va á retirar.)

ERN. Ruego á ustedes que me traten
con franqueza.

ELISA. Pues, á Dios.

ADELA. ¿Qué? ¿Te vas?

ELISA. Vuelvo al instante.
Voy á mandar á Palacio
por la tia.

ADELA. Pues qué, ¿sale
tan pronto de guardia?

ELISA. Si.—
A Dios. (A Ernestina.) No desanimarse.
Confianza en el Señor.

ERN. Pídale usted que me ampare.

ESCENA IX.

ERNESTINA. — ADELA.

ADELA. Confíe usted, señora:
que en las tribulaciones
Dios da á los corazones
que le aman con fervor
dulcísimos consuelos
de gracias celestiales,
que en medio de sus males
sostienen su valor.

ERN. ¿Pues qué fuera, hija mia,
de la abatida rosa
que en noche tormentosa
combate el Aquilon,
si un rayo fugitivo
del sol de su esperanza
no diese, en lontananza,
consuelo á su afliccion?
¿Qué fuera de la nave
del Noto compelida,
qué fuera de la vida
del mísero mortal,
si en el espejo pálido
del porvenir incierto
no viera el dulce puerto
por término á su mal?
Yo vi las negras olas,
bramando enfurecidas,
lanzarse embravecidas
en hórrido tropel;
y vi en oscura noche

las nubes agruparse
y en torno amontonarse
del trémulo bajel;
  Y oí la voz del trueno,
y en tímido desmayo
cegó mi vista el rayo,
de muerte precursor...
¡ Magnífico espectáculo
de la naturaleza,
y en toda su fiereza
sublime, aterrador! —
  Mas luego vino el dia,
y al punto cedió el viento:
cobró la mar su asiento,
sus pétalos la flor.
Cruzó la esbelta nave,
las olas dominando,
y al hombre ví, cantando
las glorias del Señor! —
  Por eso, cuando el cielo
me amaga, como ahora,
con furia asoladora
de horrible tempestad,
me postro resignada:
le adoro: le bendigo;
y cúmplase — le digo —
tu santa voluntad!

ESCENA X.

DICHAS. — LA CONDESA. — DOS CRIADOS.

COND. Di á mi cuñado que aquí
le espero. (Váse un criado.)

ADELA. ¡Tia.!
ERN. (Saludando con cortedad.) Señora...
COND. (Al otro Criado.)
Que desenganchen ahora,
y vuelvan luego por mí.
ADELA. (Presentando á Ernestina.)
Ladi Fanny...
COND. Ya lo sé.
Soy su...
ERN. (Turbada.) Muy señora mia.
ADELA. (A la Condesa.)
Pues como..! ¿Usted ya sabía..?
COND. Luis me lo ha contado. (A Ernestina.) Usté,
señora, ha de perdonar...
ADELA. Tráe visita del tio.
COND. Mucho la aprecio. Y confío
que me sabrá dispensar,
si por razon de mi oficio
no he podido como es justo...
ERN. Gracias.
COND. Mas ya tengo el gusto
de ofrecerme á su servicio.
(¡Que turbacion! Aquí hay algo.)
ERN. Yo de este tranquilo hogar
vine el sosiego á turbar.
COND. Nada de eso. Cuanto valgo,
cuanto soy y cuanto puedo
pongo á su disposicion.
ERN. Gracias. (¡Oh! ¡Qué situacion!
No sé porqué tengo miedo.)
COND. (Esta muger...!)

ESCENA XI.

DICHAS, — GENERAL.

GEN. (Entrando.) ¿Me llamabas?
(Reparando en Ernestina.)
(¡Todavia..!)
COND. (Observándole.) Sí. Porque...
tengo que hablarte.
ERN. (Indicando que se va á retirar.) Yo...
COND. (Deteniéndola.) Usté
no me incomoda.
GEN. (Sin saber qué decir.) Tú...¿acabas
de llegar?
COND. (Aquí hay misterio.)
Mas ya podrás conocer
que, si falto á mi deber,
es por asunto muy serio.
Tu sobrino me ha contado...
GEN. ¿Fernando? (Asentimiento de la Condesa.)
ERN. (¡Fernando!)
GEN. ¿Y sabes..?
COND. Sí. Que palabras muy graves
entre los dos han mediado.
Que su altivez no se abate
ni tu rigor; y que acaso
puedes ponerle en el caso
de hacer algun disparate.
Mas él vá entrando en razon;
y aunque no de buena gana,
se marcha á París mañana.
ERN. (¡A París!)
COND. Resolucion

muy prudente y acertada.

GEN. ¿Mañana?

COND. Al amanecer.

ERN. (Bajo al General.)
¡No, Fernando!

COND. (Observándolos.) (Esta muger..!)
(Alto á Ernestina.)
¿Decía usted .?

ERN. (Cortada.) ¿Quien..? Yo..? — Nada.

COND. (Recordando.)
(Una cómica...¡Eso es!
Será su antigua querida.)

GEN. ¿Y es causa de tu venida..?

COND. Luego... Lo sabrás después.

ESCENA XII.

DICHOS. — D. ANTONIO, con una letra de cambio en la mano.

ANT. (Entrando precipitado.)
Perdone usted, Don Fernando,
mas... ¡Ay! No está. — ¿Dónde está?

GEN. (Saliéndole al encuentro.)
¿Quien?

ANT. Don Fernando.

GEN. (Procurando echarle de la sala.) Estará...
Si: en su cuarto está esperando...

ANT. Pues voy á darle...

GEN. Sí. Vé.

ANT. Me ha pedido...

GEN. ¿No te irás?

ANT. Esta letra.

COND. (Este quizás...)

(Llamando á D. Antonio que se vá á marchar.)
Don Antonio. (Yo sabré...)

ANT. Señora?

COND. Usted no repara
que tengo visita.

ANT. (Volviendo.) ¡Oh, sí.!

ERN. (¡Antonio!) (Le vuelve la espalda.)

ANT. (Disculpándose.) Como entré así...
no es estraño que olvidara...
Perdone usted. Hice mal.
(Saludando á Ernestina.)
Señora... (¡Que veo! ¡Cielos!)

COND. (Observando la turbacion de los tres.)
(No eran vanos mis recelos.)

GEN. (Bajo á Don Antonio.)
Silencio!

ERN. (Id.) ¡Por Dios!

COND. (¡Que tal!
¡Oh! Pues no sale de casa!)

GEN. (Este hombre nos va á perder.)

ANT. (¡Vive!)

COND. (Sí. Yo he de saber...)

ERN. (Yo no sé lo que me pasa.)

COND. (A Ernestina.)
¿Y acaso parará usted
en alguna fonda?

ERN. Sí.

COND. Pues ya no sale de aquí

ERN. Gracias por tanta merced.
Mas...

COND. Perdone usted. Yo mando...
y ninguna escusa admito.

ERN. Permita usted...

COND. No permito. —

Ayúdame tú, Fernando.

GEN. Esta señora... prefiere
sin duda su libertad.

COND. Y aquí la tendrá en verdad
tan amplia como quisiere. —
¿Se queda usted, no es así?

GEN. (Sospecha.)

ERN. Si usted se empeña...

ADELA. (Con alegría.)
(¡Se queda!)

COND. Y usté es muy dueña
de hacer cuanto quiera aquí.

ERN. Gracias por el interés...

COND. Yo soy quien las debe dar.

ANT. (Que ha permanecido contemplando estático á Ernestina, dice aparte.)
(No me canso de mirar...)

GEN. (A la Condesa.)
Mas no me dices..?

COND. Después
hablarémos.

GEN. Bien.

COND. (¡Ya es mia!)
Porque quiero disponer...

GEN. Tú dirás cuando ha de ser.

ANT. (¿Será ilusion?)

ADELA. (A Ernestina.) ¡Que alegría!
¿Se queda usted?

ERN. Sí.

COND. (A Ernestina.) Y ahora...
usted me ha de dispensar. —
Ven, Adela, á preparar
el cuarto de esta señora. (Vánse.)

ESCENA XIII.

GENERAL.— ERNESTINA.—DON ANTONIO.—

ANT. (Echándose á los pies de Ernestina.)
¡Perdon, señora, perdon!
ERN. Alza.— Perdonado estás.
Mas no me nombres jamás.
ANT. No sabe usted la afliccion...
ERN. Bien.
ANT. Que pesa sobre mí.
Yo solo aquí soy culpado.
Sí. Porque yo he declarado...
ERN. ¿Tú fuiste quien..?
ANT. Sí: yo fuí!—
Al ver á usted arrastrada
de las olas al azar,
sin que lograse arribar
á la playa...
ERN. ¡Desdichada!
ANT. Al ver, una de otra en pos,
hija y madre, sin aliento,
sin color, sin movimiento,
me olvidé de que hay un Dios
que de las vidas dispone;
de que hay una Providencia
que vela por la inocencia,
sin que jamás la abandone!
Todos la dimos por muerta.
GEN. Verdad. ¡Horrible verdad!
ERN. ¡Todos! ¡Oh fatalidad!
ANT. Y hoy de la tumba despierta....
(Al General.)

Y usted lo sabe, y me calla..!
GEN. ¿Y como..? A tu casa fuí;
mas ya no estabas.
ANT. Salí...
GEN. Por servir á ese canalla!
ANT. ¡Coincidencias fatales!
ERN. Bien. Ya no tiene remedio.
Busquemos ahora un medio
para evitar nuevos males.
(Al General.)
No esperes que yo transija
con la marcha de Fernando.
GEN. Porqué?
ERN. Porque estoy temblando
por la suerte de mi hija.—
Ya sabes que la he dejado
en París...
GEN. Suerte funesta!
ERN. Que es la primera vez esta
que se aparta de mi lado.
Mucho de su honor espero;
y aunque es tan grande su amor,
yo confiara en su honor,
si el fuera mas caballero.
Pero es el retrato fiel
del modelo que ha tomado.
Es un esacto traslado
del libertino cruel,
que sin tener otro oficio
ni otro Dios que sus placeres,
no vé mas en las mugeres
que instrumentos de su vicio!
GEN. ¿Y qué hacer?
ERN. ¿Qué hacer?-Llamarle

Decirle...

GEN. ¡Advertencia vana!

ERN. ¡Que! ¡Sabiendo que es su hermana..!

GEN. ¡Cómo! Y yo he de revelarle..?
No. Nunca! Nunca!

ERN. ¿Porqué?

ANT. (¡Cielos! Tambien ella sabe..?)

GEN. No. Revelacion tan grave
jamás hacerle podré.

ERN. ¿Pues quien sino tú pudiera..?
¿Quien ha cometido el crímen?
Las culpas no se redimen
sin confesion.

GEN. ¡Suerte fiera!

ERN. Quien tuvo el valor nefando
de faltar á su deber,
tambien lo debe tener
para decirlo, Fernando!

GEN. Bien.—Antonio, hazme el favor
de llamarle.

ANT. Voy corriendo. (Váse.)

ESCENA XIV.

GENERAL.—ERNESTINA.

GEN. Mas no creas...

ERN. Ya te entiendo.

GEN. No. Jamás tendré valor
para decir.... ¡No lo esperes!

ERN. Me admira que así te asombres.
¡Vaya, que son estos hombres
cobardes como mugeres!
¡Oh, su timidez me encanta!

Y es natural su aprension.
Se trata de confesion,
y...¡ ya se vé! les espanta!—
Mas para tender y armar
lazos á la juventud,
atropellar la virtud,
afligir y abandonar
en clima ignoto y lejano
á la hija y á la esposa,—
¡Oh! Para eso es otra cosa!—
tienen valor... sobrehumano!

GEN. (Con amargura.)
¡Cierto! ¡Cierto!—Continúa.
Vuelve la vista hacia atrás.
Yo merezco mucho mas.—
Pero eso no desvirtúa
las razones que me asisten
para guardar mi secreto.
¿Quieres romper el respeto,
los lazos de amor que existen
entre las hijas y el padre?
¿Quieres que la infamia siga?
¿Quieres que el hijo maldiga
la memoria de su madre?
¿Pretendes que en un momento
dé mi fama por perdida?
¡Que el hijo al padre le pida
cuenta de su nacimiento!
¿Que me denoste iracundo:
que sus insultos arrecien:
que mis hijas me desprecien;
y que me escarnezca el mundo?—
Nunca lo conseguirás.
Yo podré sacrificarme

por tí: pero rebajarme
ante mis hijos... ¡ Jamás!

ERN. Pues mira como ha de ser. —
Miente... si á mentir te inclinas:
pero si en callar te obstinas,
yo veré lo que he de hacer.

GEN. ¿No exijes...?

ERN. (Interrumpiéndole.) No exijo tal.
Paso por todo, si sabe
que entre Clara y él no cabe
mas amor que el fraternal.
Si logramos encubrir
nuestras tristes relaciones,
y evitar esplicaciones
de que debemos huir.

GEN. ¿Pero como he de advertirle...

ERN. ¿Pues no ha pasado hasta aquí
por hijo de Luis?

GEN. ¡ Oh, sí!

ERN. No tienes mas que decirle
que es su hermana, sin meterte
á descifrar...

GEN. Es verdad.

ERN. ¡ Es sarcasmo, es falsedad,
es capricho de mi suerte!
Mas Dios así lo dispuso,
y oponerse fuera en vano.
Miente, pues; ya que tu hermano
consiente tan torpe abuso.

GEN. (Meditabundo.)
Bien. — Entonces... yo sabré
decirle lo que conviene,
y nada mas.

ERN. (Que ha mirado al fondo.) Aquí viene.

GEN. Bien. — Vete.
ERN. Sí. Ya me iré...
(Bajo al General.)
Mas no estrañes que te exija...
Júrame que ha de saber...
GEN. Sí. — (Le indica que se vaya.)
ERN. Me voy. No quiero ver
al verdugo de mi hija!
(Váse precipitadamente por la derecha.)

ESCENA XV.

EL GENERAL.—DON FERNANDO.

FERN. ¿Me llama usted, General?
GEN. Hace usted bien, señor mio,
en no llamarme su tio;
pues ya no lo soy.
FERN. (Con sorna.) Sí tal.
GEN. No tal! Jamás...
FERN. (Interrumpiéndole.) Yo confío
que nos hemos de entender,
si usted, como yo, no olvida
que muchas veces la vida
del hombre suele pender
de una palabra atrevida.
GEN. Como!
FERN. Si piensa un instante
que nada, nada le debo.
GEN. ¿Y te atreves..?
FERN. Sí. Me atrevo
á romper la denigrante
cadena que al cuello llevo.
Todo acaba en este mundo.

Se acabó mi humillacion...
(Sonrisa del General.)
y ese desden tan profundo,
que rechaza mi razon...
y yo en la razon me fundo.—
Escúcheme usted atento,
si quiere que yo le atienda:
que si me escucha un momento,
quizá la causa comprenda
de mi carácter violento.
(Breve pausa.)
Nacido en clima lejano,
cual triste planta maldita
que nunca siente la mano
del hombre, y que se marchita
presa vil de vil gusano;
deslizose desde niño
solitaria mi existencia,
¡ pálida flor sin aliño,
que de una madre al cariño
no pudo exhalar su esencia!
Nadie mi infancia cuidó.
Mi raza me abandonó:
que al nacer perdí á mi madre;
y desde niño, mi padre
dura tutela me dió.
¿ Qué, pues, de estraño tuviera
que el errante peregrino,
sin ley que le reprimiera,
se lanzase al torbellino
de la vida aventurera?
¿ Qué fuera del arroyuelo,
límpido espejo del cielo,
si un impulso soberano

no le abriera de antemano
su cáuce en ingrato suelo?
¿ Ni quien supo respetar,
si no conoció á su padre?
¿Quien á la muger amar,
si no ha tenido una madre,
por quien poder empezar?—
Tal ha sido mi destino.
Como solo me encontré,
y nadie en mi ayuda vino,
do quier malezas hallé
y abrojos en mi camino.
Vine á usted, cual viene el potro
á manos del domador:
y el sistema del terror
creyó bueno, cuando hay otro...
que hubiera sido mejor.
Jamás escuché un consejo
ni una advertencia amistosa;
ni amigo jóven ni viejo
puso á mi vista el espejo
de una existencia virtuosa.
Y así como la bravura
del potro no se sujeta
con tener la mano dura,
que es peor su embocadura
cuanto mas y mas se aprieta;
así tambien es en vano
que usted pretenda tirano
presidir á mi destino;
pues ya no hay respeto humano
que me tuerza en mi camino!
Y es inútil que me trate
con su ordinario rigor;

que estoy resuelto, señor,
á rechazar cada embate
con resistencia mayor.
Solo á la tierra bajé.
Solo tengo de vivir.
Nadie me puede regir.
Nada recibí de usté.
Nada me debe exijir.

GEN. Pues yo creía ¡insensato!
que tú me debías...

FERN. (Con arrogancia.) Nada!

GEN. Bien, bien. Te doy la callada
por respuesta, y de barato
que aunque ves adelantada
tu carrera, no agradezcas...

FERN. Yo tambien...

GEN. ¡Y que aborrezcas
al mismo á quien se la debes!
Lo que yo quiero es que lleves
bien tu nombre, y que obedezcas.

FERN. Mi nombre... á tan alto puesto
lo elevé, ya en paz, ya en guerra,
que nadie osará...

GEN. Muy presto
lo dices. Yo sé lo espuesto
que se halla á rodar por tierra.—
(Mirándole fijamente)
¿Dicen que te vas..?

FERN. (Con altanería.) Me voy.

GEN. ¿A París?

FERN. (Sarcástico.) En eso estoy...
Si usted no lo lleva á mal.

GEN. Yo te lo prohibo.

FERN. ¡Hay tal!

¿Pues no quería usted hoy
que me marchase al instante?
No hago mas que respetar
sus deseos; y no obstante,
persiste usted en llevar
su oposicion adelante.
Pero es inútil empeño.
Ya de sufrir me cansé.
Y hoy mismo, huyendo de usté,
de mi caprichoso dueño...

GEN. (Con energía.)
¡Basta! Yo te probaré
que te engañas. Que no son
mis caprichosos deseos
causa de mi oposicion.
Son tus torpes devaneos:
tu imprudente obstinacion.
Son tus locos amoríos.

FERN. ¿Volvemos?

GEN. Hay que volver.
Porque existe una muger
con quien serían impíos
ciertos lazos! Y al saber
que á París regresas hoy,
en la obligacion estoy
de referirte una historia
de tu familia, que voy
á grabar en tu memoria.

FERN. Ya sé que Fanny ha contado...

GEN. Mas, por mucho que te aflija,
la historia que te he indicado
no es de Fanny... es de su hija!

FERN. (Alarmado.)
¿De Clara?

GEN. (Con solemnidad.) Tú la has nombrado.
Clara: esa niña que pasa
por hija de...

FERN. ¿No es su madre..?

GEN. (Desentendiéndose de la pregunta y tratando de eludirla.)
Será. — Mas... nació en tu casa.

FERN. Pero... (¡Esa calma me abrasa!)
Pero es...

GEN. Hija de tu padre!

FERN. ¡Cielos..!

GEN. (Impasible.) Por eso...

FERN. ¡Dios mio!

GEN. Yo que tu ventura anhelo,
quiero evitar...

FERN. Basta, tio! —
¡Castigo del hado impío!

GEN. No, no. ¡Castigo del cielo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ADELA, sola.

Aparece sentada y mirando á la puerta del foro con muestras de impaciencia.

Pues no viene. ¡Qué pesado!
¡Cuánto tiene que sufrir
el que espera! Dicen bien,
que desespera. (Se levanta.)
Por fin
me parece... Sí. Ya suben.
¡Gracias á Dios!

ESCENA II.

ADELA.—LUIS.

LUIS. (Entrando.) En un tris
estuvo que no nos viéramos.

ADELA. ¿Cómo?
LUIS. Mas luché y vencí.
ADELA. Cuánto tardaste!
LUIS. ¿Qué quieres?
No me dejaban subir.
Y no son mas que las doce.
Pero dice Serafin
que tu papá...
ADELA. Sí. Está malo,
y no quiere recibir...
Y á Fernando mucho menos. —
(Con interés.)
¿Le viste, primo?
LUIS. Le ví.
ADELA. ¿Y está muy malo?
LUIS. (Con ironía.) Muy malo! —
No te quieres persuadir,
por mas que lo ves, Adela,
de que Fernando es... así...
duro por demás é ingrato. —
En el Café de San Luis
le dejo con cuatro amigos
bebiendo y fumando...
ADELA. ¿Si?
LUIS. Sin acordarse siquiera
de que tiene que partir,
ni de las muchas personas
que, al abandonar Madrid,
deja en la ansiedad, rogando
á Dios por su porvenir.
ADELA. ¿Pues no dijo Don Antonio..?
LUIS. Al señor de Balarin
le ciega el cariño, prima;
y no puede transijir

con la idea de que tenga
Fernando un alma tan ruin.

ADELA. Tú no le quieres.!

LUIS. Te engañas.
Le quiero. Mas prescindir
de la razon... Jamás fué
mi cariño tan servil.—
Tú le quieres demasiado.

ADELA. ¿Son celos?

LUIS. ¿Celos?— Aquí
no cabe pasion tan fea.
Mas si llegara á latir
mi corazon al impulso
de sentimiento tan vil,
supiera ahogarlo en el pecho,
y de no hacerlo, morir!—
No, Adela, no. Yo te adoro
cual se adoran entre sí
allá en el cielo los ángeles.
Sin reservas; sin abrir
las alas del pensamiento
á esa suspicacia hostil,
que al amigo amor convierte
en formidable adalid,
siempre á la lucha dispuesto,
siempre ansiando combatir.
¿Que me importa que la rosa
mas bella de mi pensil
muestre ufana sus colores,
y derrame aquí y allí
la fragrancia que la beben
auras, hombres y aves mil,
si su purísimo cáliz,
si su esencia es para mí?—

Sé que estimas á Fernando.
Que de la edad infantil
entre los dorados juegos
é inocente sonreír,
se creó la pura atmósfera
que ha desarrollado en tí
de un tierno afecto la planta,
fresca, lozana y gentil.
Pero eso no me intimida.
Que donde puede vivir
la amistad, el amor cáe,
languidece y muere al fin;
porque el amor necesita
de un ambiente mas sutil!

ADELA. Es verdad. Tú me comprendes.
Nunca supe definir
la causa de este cariño
que hacia Fernando sentí.
No es amor.

LUIS. Lo sé.

ADELA. Lo juro.—
Pero me has de permitir
que no piense en nuestra suerte,
ni en nuestros amores, Luis,
hasta que vea fijarse
la suya.

LUIS. ¡Empeño pueril!
¿Qué tiene que ver...?

ADELA. (Interrumpiéndole.) Perdona.
No estoy para discutir.—
¿Y no observaste en su rostro..?

LUIS. ¿Volvemos?

ADELA. (Impaciente.) No seas así.
¿Qué tiene de estraño..?

LUIS. (Sonriendo.) Nada. —
Pues bien: llegué á presumir
que le agitaba una idea,
que con insensato ardid
sin duda ocultar quería
de sus amigos, de mí,
y hasta de sí mismo, haciendo
vano alarde de un reir
intempestivo y estúpido,
de una alegria febril. —
Pero en punto á su salud,
buena, muy buena: eso sí.

ADELA. Búrlate.

LUIS. No; no me burlo.
¿Tú no querías oir
mi opinion?

ADELA. Sí.

LUIS. Pues ya ves:
te digo lo que advertí. —
¿Pero alcanzaste el motivo..?

ADELA. (Con tristeza.)
Que volvieron á reñir
papá y Fernando.

LUIS. ¿Otra vez?

ADELA. Otra, Luis.

LUIS. Pues yo creí
que no volviera ese loco
segunda vez á incurrir
en el inaudito escándalo
de afrentar....

ADELA. ¡Ay! ¡Qué infeliz
me hacen con esas disputas!

LUIS. (Mirando á la izquierda.)
Calla, que vienen ahí

Don Antonio y tu papá.
ADELA. Pues ya nos podemos ir.
Verás como no consiente
papá que estemos aquí.

ESCENA III.

DICHOS. — GENERAL. — DON. ANTONIO.

ANT. (Saliendo.)
Es mejor en esta sala.
Hay mas aire, mas atmósfera.
ADELA. ¿Cómo te sientes, papá?
GEN. Me siento bien. — Mas perdona...
(Indica que se vayan.)
ADELA. (A Luis.)
¿Qué te dije?
(A su padre.) Entiendo... entiendo.
¿No quieres..?
GEN. No. Me incomoda
la gente.
ADELA. ¡La gente! — Yo
no soy gente. Soy señora.
Soy tu hija. Tu heredera.
¿Comprendes? Soy la persona
que mas te quiere en el mundo.
La que daría gustosa
su vida por ver risueña
esa faz tan... regañona.
La que llamabas, ¡ingrato!
en época no remota:
Blanca flor de tu esperanza, —
— Clara luz de limpia aurora:
tu Benjamin, tu consuelo,

tu...
GEN. (Desviándola.)
Sí. No estoy para bromas.
Ydos adentro.
ADELA. Mas...
LUIS. (A Adela.) Vámonos.
ADELA. (Insistiendo.)
Pero, si...
GEN. No seas posma.
Vete.
ADELA. Bueno... ya me voy.
(Retirándose.)
(¡Oh! Dios mejore sus horas!)

ESCENA IV.

GENERAL. — DON. ANTONIO.

GEN. Y tú tambien...
ANT. ¿Yo tambien?
GEN. Sí. Tu presencia me enoja. —
Sufro mucho, Antonio.
ANT. Ya,
ya lo veo. Mas no es cosa
de abatirse así. ¡Caramba!
Cuanto es la pena mas honda,
mas debe el hombre luchar
para que el pecho no rompa.
Haga usted por distraerse. —
Y en resumen... por ahora...
no veo tan gran motivo...
GEN. ¡Calla, calla! No me pongas
en el caso de decirte
cuanto tiene de horrorosa

mi desgracia! Cuanto amargan,
cuanto mi vida emponzoñan
fieros y providenciales
sucesos, con que traidora
la suerte se ceba en mí
con furia inclemente y loca!
¡Oh, corazon! ¡Oh, Fernando!
¡Menguada hora la hora
en que naciste... y la madre
que te dió..!

ANT. (Horrorizado.) ¡Cierre esa boca!
¿Va usté á maldecir tambien...

GEN. (Con sarcasmo.)
Tienes razon!

ANT. (Continuando.) La memoria
de aquella infeliz ¡ay Dios!
que ya en la tumba reposa?
En la tumba... (Se contiene de pronto al ver la espresion del General.)

GEN. Que yo abrí.
¿Porqué te detienes? Flota
la idea en tu mente. Sigue;
y no cobarde recojas
palabras que al alma tráen
gratos recuerdos de gloria!
Sí. La engañé: la perdí:
la dejé despues por otra...
y otra luego... ¿no es verdad?
¿no es verdad? ¡Oh! ¡Qué preciosa
vida! ¡Qué dulces momentos
de dicha embriagadora!
Cierto que luego se pagan.
Pero eso ¿qué nos importa?
Cierto que despues los hijos,

propio fruto de victorias
alcanzadas con el dolo,
la traicion y la lisonja,
sobre nuestras torpes canas
la digna palma colocan
del crímen, que solo engendra
luto, vergüenza y deshonra!
¿Mas qué importan de los hijos
las buenas ó malas obras,
para el que tiene ya el pecho
tan duro como una roca?

ANT. Si usted continúa así,
no veo trazas...

GEN. Me ahoga
la bilis. — Sí: lo confieso. —
la cólera, la ponzoña
que del corazon al labio
insensiblemente brota. —
Vete.

ANT. Sí: me voy: me voy.

GEN. Vete. Y haz que esas señoras
no vengan á molestarme
con preguntas oficiosas.

ANT. (Al marcharse.)
(Yo debería decirle...
¡Oh, no, no! Ruede la bola.)
Aquí viene... (Con intencion.) Ladi Fanny.

GEN. (Con un movimiento de impaciencia.)
¡Parece que todos gozan
en atormentarme! — ¿Viene
sola?

ANT. Sí señor.

GEN. (Me agobian
con sus preguntas) (A D. Antonio.)

Pues déjanos. (Para sí.)
Querrá saber... (Váse D. Antonio.)

ESCENA V.

GENERAL. — ERNESTINA.

ERN. (A la puerta.) ¿Te es incómoda
mi presencia?
GEN. No.
ERN. (Entrando.) Ympaciente
por hablarte, presurosa,
este momento aprovecho
en que me han dejado á solas. —
¿Dijiste á Fernando..?
GEN. Sí.
ERN. ¿Sabe...? (Observando al General.)
Pero á tí te acosa
alguna terrible idea
que nos ocultas á todas.
Dime, pues...
GEN. Déjame, déjame.
ERN. No, no...
GEN. ¿Te parecen pocas
las desgracias que me cercan?
ERN. ¡Que nos cercan!
GEN. (Abismado.) Se eslabonan
los sucesos! Se convinan
mil y mil en una hora.
Se condensan..!
ERN. (Contemplándole.) ¡Desgraciado!
GEN. Y se agrupan y amontonan
con furia horrible... inaudita!..
¡Qué dia, gran Dios!

Ern. (Escuchando, le interrumpe.) Perdona...
Me parece... La condesa!
Gen. (¡Esto me faltaba ahora!)

ESCENA VI.

DICHOS. — LA CONDESA.

Cond. Me alegro de hallar á ustedes
juntos.
Ern. (En ademan de retirarse.)
Yo voy...
Cond. (Deteniéndola.) Quieta. Usté
es de casa. (Yo veré...)
Ern. Gracias por tantas mercedes.
Cond. (Qué clase de relaciones...)
No me estorba su presencia;
pues sé que con su influencia
dará fuerza á mis razones.
Ern. Condesa: nada mas justo
que el mostrarme agradecida
al favor de una acogida...
Cond. En que tengo tanto gusto.
Ern. Mas...
Gen. (A la Condesa.)
¿No puedes demorar..?
Cond. No puedo. Es asunto urgente.
Gen. ¿Y ahora precisamente..?
Cond. No me es posible aguardar,
porque me están esperando.
Pero seré muy concisa.
Gen. (De mal humor.)
Dí, pues.
Cond. La mano de Elisa

te pido para Fernando.
(Sorpresa de Ernestina y el General.)

ERN. ¡Cómo!

GEN. (¡Suerte! ¿no estás harta?)
(Pequeña pausa.)

COND. Contesta.

ERN. (¿Tambien pretende..?)

COND. Ese silencio me ofende.
¿No merezco..?

GEN. ¡Aparta, aparta!

COND. ¿Qué dices?

GEN. ¿Qué digo?

COND. Sí.

GEN. ¿Quieres saber lo que digo?
Digo... ¡que el cielo enemigo
se conjura contra mí!
Que todo á mi mal conspira,
todo concurre en mi daño.
Digo... que no será estraño
que en un momento de ira
ponga fin á una existencia...
con que juegan inclementes
hados, sucesos y gentes,
que apuran ya mi paciencia!

COND. Pero eso no es responder.

GEN. Será lo que tú pretendas;
lo que...

COND. No te desentiendas.

GEN. Basta ya, basta, muger!

COND. (A Ernestina.)
¿Vé usted?

ERN. (Sin saber que decir.) Señora... quizás...

COND. (Al General.)
Niega ó concede.

GEN. Pues niego.
COND. ¿ Niegas ?
GEN. Sí.
COND. ¿ Porqué ?
GEN. (Pudiendo apenas contenerse.) Te ruego
que no intentes saber mas.
COND. (Apelando á Ernestina.)
Señora...
ERN. Causas muy graves
deben...
COND. Sean cuales fueren,
supuesto que ambos se quieren...
ERN. (¡ Tambien Elisa..!)
GEN. (A la Condesa.) No acabes.
Se quieran ó no se quieran,
esa boda es imposible.
COND. Yo haré que sea posible.
GEN. ¿ Tú ?
ERN. (¡Cielos !)
COND. Yo.— Solo esperan
que les diga el resultado
de nuestra actual conferencia,
para obrar en consecuencia
como sea de su agrado.
GEN. ¿ Y se atreverán..?
COND. ¿ Pues no ?
¿ Qué han de hacer si tú no cedes ?
GEN. Cuando no cedo, ya puedes
comprender...
COND. No alcanzo yo
qué motivos ha de haber
para negar á Fernando
la dicha que está anhelando;
que ansía, para volver

de la virtud al sendero.

GEN. (Con sarcástica ironía.)
¿De la virtud?— Es verdad!

COND. ¿No mas que tu voluntad?

GEN. Merecías..! — Mas no quiero
castigar loca imprudencia
con un eterno tormento.

COND. Castígame. Lo consiento.

GEN. (Arrebatado.)
¿Sí?

COND. Sí. Tienes mi licencia.

GEN. (Id.) Pues bien...

ERN. (Interponiéndose.) ¡Por Dios!

GEN. Que se casen!

COND. ¿Consientes?

GEN. Sí.

COND. (Dando un paso para salir.) Pues les llevo
tan grata nueva.

ERN. (Deteniéndola.) Yo debo
rogarles que no traspasen
los límites que el deber
quiso á los dos señalar. —
Al padre toca mandar.
A la hija obedecer.

COND. ¿Pues no vé usted..?

ERN. ¡Oh! Yo invoco
mi amistad. Fuera imprudente...

COND. Señora... si él lo consiente.

GEN. Lo consiento.

ERN. (Sin poder contenerse.) ¿Está usted loco?

COND. ¡Cómo! Señora..!

GEN. (A Ernestina.) Se empeña.

COND. Me empeño.

ERN. (Con empacho.) Pues ese enlace...

no es posible.

COND. (Con malicia.) ¡Qué me place!
¿Tambien usté..?

ERN. (Con dignidad.) Usté es muy dueña
de pensar...

COND. Entiendo, entiendo!

ERN. (Con resolucion.)
Cedan escrúpulos vanos. —
No puede ser. ¡Son hermanos!
(Sorpresa de la Condesa.)

GEN. (Con sarcasmo.)
¿Comprendes ya..?

COND. (Despues de una larga pausa en que manifiesta su admiracion.)
Sí... Comprendo!—
Comprendo el lindo papel
que hace esta señora aquí.

ERN. ¡ Cómo! ¿Piensa usted...?

COND. ¡Oh! Sí!

GEN. ¿Te atreves...?

COND. Y tambien él!
Tambien mi cuñado cuida
mucho de su estimacion!
Tiene muy poca aprension
quien el decoro así olvida!
Quien torpe el hogar profana
de las hijas de su amor,
y juega con el pudor
de la amante y de la hermana!

ERN. Señora... señora..! Yo
la estoy á usted escuchando...

COND. (Desentendiéndose y al Genaral.)
¿Es hijo tuyo Fernando?

GEN. Mio.

COND. ¿Y hasta aquí pasó
por hijo de Luis?
GEN. Eso és.
COND. (A Ernestina con sonrisa irónica.)
Y usted....
ERN. Señora.., no soy
lo que usted crée.
COND. Ya estoy.
ERN. Pero no tengo interés,
ni el decoro me permite
justificarme ante usté.
Sufro... callo y callaré....
COND. (Volviéndole la espalda.)
Sí: no tiene usted desquite.
ERN. (¡Cielos santos!)
GEN. (¡Hado impío)!
(Á la Condesa con resolucion.)
Yo no puedo consentir...
ERN. (Conteniendo al General.)
Basta ya. (Á la Condesa.) Yo sé sufrir.
COND. Yo despreciar. (Al General.) Señor mio:
después de lo que ha pasado,
y oidas sus confesiones,
entrar en esplicaciones
fuera escusado.
GEN. (Asintiendo.) Escusado.
COND. (¡Oh! La cólera me abrasa!)
Ya podrás adivinar
que no vuelvo á traspasar
los umbrales de esta casa.
Separado, por tus vicios,
de tu virtuosa muger,
este debía de ser
el pago de mis servicios.

¡Necia de mí que soñaba
todavia en vuestra union,
y de la resolucion
de mi hermana murmuraba!
Ya en vosotros el amor
fuera impía liviandad!

GEN. Eso es verdad!

ERN. ¡Es verdad!

COND. (Después de mirar asombrada al General y á Ernestina, dice con orgullo:)
Pues... ¡á Dios! (Váse.)

ESCENA VII.

GENERAL. — ERNESTINA.

ERN. (Deteniendo al General que dá un paso hacia la habitacion por donde entró la Condesa.)
¡Oh! Por favor...
Ni una palabra!

GEN. ¡Qué idea!

ERN. Todo quede como está.

GEN. Si te crée...

ERN. ¿Y qué mas dá?
¿Qué me importa lo que crea?
Dios dispone lo mejor.
Sea su nombre bendito.
Yo á pedirle me limito
que no disipe su error.

GEN. Mas vá á decir á mi esposa...

ERN. Que le diga lo que quiera.
¿Qué importa vana quimera,
si es la verdad espantosa?
¡Qué fuera de la infeliz

si supiera su desgracia!

GEN. Mas tambien es triste gracia
que te suponga un desliz
que yo...

ERN. ¿Que tú cometiste?
¿Y eso qué..? No vale nada.
Mi vida está consagrada
á purgar lo que tú hiciste.
¡Oh! Las penas mas prolijas
serán dulces para mí,
si logro salvarte á tí
y á nuestras queridas hijas.

GEN. ¡Qué abnegacion! ¡Qué virtud!
¡Qué vergüenza! Cielo santo!
Soy un...

ERN. Nada aprecio tanto
cual la suya y tu quietud. —
Sé que nunca me has amado.
Que turbaste mi reposo.
Mas hoy no miro al esposo:
miro solo al desgraciado.
(Alargándole una mano que el General toma con efusion.)

GEN. Gracias!

ERN. Veo que padeces...

GEN. ¡Oh... mucho!

ERN. Y todo lo olvido.

GEN. ¡Cuánto por mí habrás sufrido!

ERN. Basta.

GEN. ¿Y aun me compadeces?

ERN. Te compadezco.

ESCENA VIII.

DICHOS. — ADELA.

ADELA. (Saliendo precipitadamente.) Papá...—
Perdona si te incomodo:
mas debo arrostrarlo todo.—
Dime: ¿es verdad que se vá
la tia..?

ERN. (¡Qué indiscrecion!)

ADELA. (Continuando.)
Para no volver jamás?

GEN. Sí: se marcha.

ADELA. ¿Y tú podrás
consentir..? ¡Ah! no. Perdon!
(Se arroja á los pies del General.)
Perdona. Si te ha ofendido...

GEN. Déjame.

ADELA. Fué sin saber...
¿Cómo había de querer
ofenderte? ¡Ella, que ha sido
nuestra madre..!

ERN. (Intentando levantarla.) Señorita...

ADELA. No: de aquí no me levanto...

GEN. Alza. Aparta.

ADELA. No. Mi llanto...

GEN. (Desasiéndose de Adela.)
No puede ser. Quita, quita! (Váse.)

ESCENA IX.

ERNESTINA. — ADELA.

ADELA. ¡Cruel! ¡Cruel! Y me deja..!

ERN. (Contemplándola.)

(Ángel mio ! ¡ Cómo llora !)
(Intenta levantarla.)

ADELA. (Levantándose de pronto.)
No me toque usted, señora.

ERN. (Observando el movimiento repulsivo de Adela, dice aparte:)
(¡ Cielos ! ¡ Ay ! ¡ De mí se aleja !
No mira ! — ¡ Madre divina ! —
Y su ademan... y su voz...
Pensará... ¡ Sería atroz !
Esta idea me asesina !)
(Llamándola con ansiedad.)
Señorita. (¡ No responde ! —
¡ No mas, Dios mio, no mas !)

ADELA. (Retirándose.)
Perdone usted.

ERN. (Interponiéndose.) ¡ Oh ! ¡ Jamás !

ADELA. Tengo que...

ERN. No se me esconde
lo que tiene usté, hija mia.
¡ Que se alarma su pudor !
¡ Que me mira con horror !
¿ No és verdad ?

ADELA. Yo no creía
que fuera usted...

ERN. (Poniéndole la mano en la boca.)
¡ Oh ! No acabes !
(Con la mayor energía.)
Óyeme. — Todo acabó.

ADELA. (Qué dice ?)

ERN. (Conteniéndose de pronto.)(¿Mas puedo yo..?
¡ Oh, Dios, que tienes las llaves
del humano corazon !
Que riges nuestros destinos,

y das consuelos divinos
de santa resignacion!
Más á esta madre no afligas
con un dolor tan profundo.
Quede manchada ante el mundo...
pero pura ante mis hijas!)

ADELA. ¿Llora usted?

ERN. Lloro, si; lloro...

ADELA. Y yo, ingrata, la ofendí.
Perdon, perdon, ¡ay de mí!
De rodillas se lo imploro.

(Se arrodilla ante Ernestina.)

ERN. Alza, niña, la rodilla.
Levanta.

ADELA. No.

ERN. Alza del suelo.
Que eres un ángel del cielo!
Y un ángel solo se humilla
delante del Criador!
Eres la prenda, hija mia,
que Dios piadoso me envía
para endulzar mi dolor.—
¿Ya no dudas?

ADELA. Qué locura!
¿Quien había de dudar
al ver á usted derramar
lágrimas ¡ay! de amargura?

ERN. (Aparte y en la mayor agitacion.)
(¡Oh! Todo debe ceder,
aunque al mundo no le cuadre,
ante el amor de la madre
y el honor de la muger!)

(Alto y con resolucion, tomando á Adela de la mano y bajando con ella al proscenio.)

Escucha.

ADELA. (¡ Qué agitacion !)

ERN. (Fuera temores livianos.
No mas respetos humanos.)

ADELA. Diga usted.

ERN. ¿ Tu corazon...
no palpitaba...

ADELA. Sí, sí.

ERN. De instintiva simpatía..?
¿ Nada, nada te decía,
cuando estabas junto á mí?

ADELA. ¡ Oh, sí ! De dicha inefable
me inundaba su presencia.
Recobraba mi existencia
un vigor inesplicable.
Flotaban en mi memoria,
con su voz y su dulzura,
mil recuerdos de ventura,
mil imágenes de gloria,
mil ensueños de belleza..!

ERN. Pues eso que tu alma siente,
es.... ¡el grito prepotente
que arranca naturaleza !

ADELA. (Profundamente afectada.)
¡ Oh, Dios!—Su historia...—Sería...—
Su conducta con mi padre...
Usted es...!

ERN. (Abriéndole los brazos.) ¡ Hija!

ADELA. (Arrojándose en ellos.) ¡Mi madre!
¡ Mi madre! ¡ Madre!

ERN. ¡ Hija mia!—

(Larga pausa.)

Tu madre, sí, que te adora.
Que rinde gracias al cielo.

¡Qué dicha, ¡oh Dios! ¡Qué consuelo!—
¡Que vengan penas ahora!
(Viendo que Adela titubea.)
¿Qué tienes, hija?

ADELA. No es nada.
La turbacion... la sorpresa...

ERN. Mas si nos vé la condesa...
(Mirando á su hija.)
¡Qué pálida y demudada!—
Ven. No debemos estar
aquí.

ADELA. No: si ya me encuentro...

ERN. (Mirando á la izquierda.)
¡Que vienen! Vamos adentro.
Que no nos vean llorar.

ESCENA X.

DON ANTONIO.—DON LUIS.

(Don Antonio ha de mostrarse en esta escena muy triste y caviloso.)

ANT. Muy cerca de la una y media.

LUIS. Ya lo suponía yo.
¿Y el tio no se acostó?

ANT. No quiere.—Y no se remedia
con velar su mala suerte:
que es en las penas el sueño
dulce y único beleño...
¡hasta que llega la muerte!—
Dice que se acuesten todos.
Que no tiene novedad.
Y finge serenidad...
Pero yo, de todos modos,

sospecho que algo me oculta
de Fernando. Mucho temo
que haya llegado al estremo...

LUIS. Ya se vé: tanto le insulta...—
¿Supo usted...?

ANT. ¡Suerte tirana!
Que Fernando no se enmienda.
Que han tenido otra tremenda,
como la de esta mañana.

LUIS. Grave ha de ser la razon,
cuando el tio se propasa
á arrojarle de su casa
con tal precipitacion.

ANT. Algo alcanzo del motivo.—
Mas no debo revelar....

LUIS. No pretendo averiguar...

ANT. (Suspirando.)
¡Muy mal viven! ¡Muy mal vivo!—
Pero, en fin.... como ha de ser!
Hay dias que son fatales.—
Vamos á nuestros reales....
Y Dios sobre todo. (Llamando.)
A ver...
Juan.

ESCENA XI.

DICHOS.—UN CRIADO.

CRIADO. (Apareciendo con una capa sobre el brazo y una linterna encendida que entrega á Don Antonio.)
Señor...

ANT. ¿Marchó ya el ama?

CRIADO. Si señor. En este instante

arranca el coche.

ATN. (Poniéndose la capa.) Adelante. —
Pues apaga, y á la cama.
Que ya es hora...

CRIADO. Sí: al momento.

(Apaga todas las luces. Después se vá. — Queda el Teatro escasamente iluminado por la luz de la luna que penetra por el balcon y la de la linterna que tiene en la mano D. Antonio.)

ANT. (A D. Luis.)
Vaya. Abur.

LUIS. Voy con usted.

ANT. ¡Hombre! ¿Para ir á la Red
de San Luis..? No lo consiento.

LUIS. Pues yo quiero acompañarle.

ANT. Si por el jardin me voy
en un momento.

LUIS. Ya estoy.
Mas...

ANT. Yo no debo dejarle...

LUIS. Pero, señor Balarin,
si es poco lo que rodeo.

ANT. Vamos pues. (Se dirigen al balcon.)
Pero... ¡qué veo!
Anda gente en el jardin.

LUIS. ¡Cómo!

ANT. (Apaga la linterna.) Sí. Bajo el follage
del laurel... ¡dos embozados!

LUIS. Serán criados.

ANT. ¿Criados?
No es hora... ¡qué! ni ese trage...
¿Los vé usted?

LUIS. Sí: bien se vén.

ANT. Ahora salen á la luna.
Cruzan... ¡Oh! Sin duda alguna,

esa no es gente de bien.

LUIS. Aquí se dirije el uno...
El otro vuelve... Se sienta!

ANT. (Amartillando una pistola.)
Este corre de mi cuenta.
Yo le aseguro al muy tuno..!
Usted al otro sugeto.
Dá usted la vuelta...

LUIS. Sí.

ANT. Y. . . nada!
Cortarles la retirada,
y hasta que yo avise, ¡quieto!—
Tome usted: que en estos casos...
(Le da otra pistola.)
Lleve usted gente si quiere.

LUIS. (Examinando y montando la pistola.)
No hace falta.

ANT. (Que ha vuelto á aproximarse al balcon.)
Este aquí muere!
(A Don Luis bajo y con energía.)
¡Vivo! Que ya siento pasos.
(Váse corriendo Don Luis.)

ESCENA XII.

DON FERNANDO.—DON ANTONIO, (oculto.)

(Aparece Don Fernando detrás de la vidriera: mira al interior á través de los cristales: rompe uno: mete la mano y corre la falleva— Viene envuelto en su capa.)

FERN. (Entrando.) *Quien cierra al amor la puerta, abre al error la ventana.* (*)

ANT. (¡Oh! Pues el mozo no es rana!

(*) Breton de los Herreros.

Qué luego abrió! — Bien. Alerta!)

FERN. Por fin ya estamos aquí.
Yo le diré á la Condesa...
Me ha burlado! ¡ Oh, no me pesa!
Han de acordarse de mí. —
No se porqué... — No estoy bueno.
Quiero y no puedo olvidar...
Bien han logrado empapar
mi existencia de veneno!
(Con sonrisa sarcástica.)
¡ Calla! ¿Yo tambien declamo?
¡ Miserable! Me da risa. —
Solo me falta que Elisa...
(Con resolucion.)
Si tarda mucho, la llamo.
Ella es mi estrella, mi sino,
mi luz, mi faro, mi puerto!
¡O salgo con ella, ó muerto!
Muerto, sí! No hay mas camino.
Que al confin mas apartado
del globo venga conmigo.
Si llevármela consigo,
no me creeré desgraciado.
No. La tierra mas estraña,
la mas remota region
del mundo, será mansion
de gloria, si me acompaña. —
Pero si resiste... ¡ Oh!
soy capaz...

ANT. (¿Cómo no avanza?)

FERN. De hacer sentir mi venganza..!
¿Y podré..? — Sí. ¿Porqué no?
Diera diez años de vida
por ver la cara del viejo,

cuando vea que le dejo
sin su hija mas querida.

ANT. (Pues señor, viene con calma.)

FERN. Ya verá como me vengo
de él, de su hija, de... ¡ Oh ! Tengo
todo un infierno en el alma !
Ya no cabe entre los dos...—
(Mirando adentro.)
Pero Elisa que no viene.
(Se dirige á la puerta de la izquierda.)

ANT. (Saliendo de su escondrijo.)
(Se vá... sí. ¿ Qué me detiene ?
(Le apunta con la pistola, diciendo al mismo tiempo para sí:)
¡ Encomienda el alma á Dios !)
(Al ir á disparar sale cautelosamente Elisa.)

ESCENA XIII.

DICHOS. — ELISA.

ELISA. (A media voz.)
Fernando.

ANT. (Aterrado.) (¡ Dios ! ¡ Dios eterno !)

FERN. Mi bien !

ANT. (¡¡ Fernando !!)

FERN. Mi amor !

ANT. (¿Qué iba yo á hacer? ¡Oh! ¡Qué horror!
¡Oh! ¡Me inspiraba el infierno!)
(Pasa muy despacio y de puntillas al balcon.)

ELISA. Fernando: falta de aliento
vengo...

FERN. ¿ Porqué ?

ELISA. (Asustada.) ¿ No has oido

vago rumor..?

FERN. No. Es el ruido
que hace en las hojas el viento. —
Ven, ven. Todo preparado
lo tengo.

ANT. (¡Quiere robarla!)

ELISA. Pero... (Manifestando su irresolucion.)

ANT. (Yo sabré salvarla.)

FERN. Dudas, Elisa?

ELISA. Has pensado..?

FERN. Salió lo que yo decia?
Tu padre...

ELISA. ¡Ay Dios! Se negó.

FERN. Ya me lo esperaba yo.

ELISA. Mas quiero hablar á mi tia;
porque me encargó al marchar
que no diese paso alguno
sin verla.

FERN. (Contrariado.) ¿Y será oportuno
decirle..?

ELISA. Yo... sin contar
con mi tia...

FERN. (Irritado.) ¡Si es mi estrella! —
No vienes?

ELISA. No.

FERN. Y tu palabra?

ELISA. Cuando mi deshonra labra,
no debo hacer caso de ella.

FERN. Bien! Me llevas al delito!

ELISA. ¿Yo?

FERN. Mas no te quejes luego.

ELISA. Fernando, por Dios te ruego...

FERN. ¡Cúmplase..!

ELISA. (Alarmada.) ¿Qué?

FERN. ¡Estaba escrito!
ELISA. Me espanta...
FERN. ¿Te espantas, eh?
¿No hay mas que decir á un hombre:
«Yo te juro por mi nombre
«ser tuyo..?
ELISA. ¿Y bien?—Lo seré.
FERN. ¿Cuándo?—¿Te burlas de mí?
ELISA. ¿Burlarme de tí, Fernando?
FERN. ¿Cuándo serás mia, cuándo,
si hoy mismo marcho de aquí
para no volver?
ELISA. Pues bien...
FERN. ¿Bien? ¿Bien?
ELISA. Pensemos despacio...
FERN. (Impulsado por una idea repentina.)
Vente conmigo á Palacio.
ELISA. ¿Y quien me responde..?
FERN. ¿Quien?
ELISA. ¿Vino contigo Teodora?
FERN. ¿Cómo? (Recordando.) Sí; conmigo vino.-
(Ya que es mentir mi destino,
mintamos!)
ANT. (¡Farsa traidora!)
FERN. ¿Dudas de tu primo?
ELISA. ¿Yo
dudar de ti hasta el estremo..?
No, Fernando. Pero temo
que me echen de menos...
FERN. No.
Todo en silencio reposa.
Todos duermen.
ELISA. No: papá
no duerme.

FERN. Mas no saldrá.
Pronto volvemos. Es cosa
de diez minutos no mas.
(Lo que conviene es que salga.)

ELISA. (Después de un momento de vacilacion.)
Pues vamos, y... ¡Dios me valga!
Vamos.

FERN. Sí. Vamos.
(Tómala de la mano y se dirigen al balcon.)

ANT. (Saliendo del balcon y embozado.) ¡Atrás!

ELISA. ¡Cielos! (Se apoya en Fernando.)

FERN. ¡Cómo! (A Elisa.) No te asombre...

ANT. (Con la pistola en la mano.)
Atrás!

FERN. Yo digo: ¡adelante!—
Paso!

ANT. No tan arrogante;
que estás delante de un hombre.

FERN. (Desenvainando la espada y tirando al suelo la capa.)
Ahora lo veremos.—¡Paso!

ANT. ¿Pero no ves, miserable,
que tu vida..?

FERN. No es probable.
La tuya está...

ANT. (Bajando la pistola.) No te abraso...
porqué....

FERN. (En tono burlon.) ¿Le temes al hierro?

ANT. Favor! (Gritando.)

FERN. (Ciego de cólera.) Bien. Eso es perderte.

ANT. Favor!

FERN. Tú llamas la muerte.
Vas á morir como un perro.

ANT. (Llamando pero sin ceder el paso.)
Don Luis.—(A Fern.) Aunque me taladre

tu espada...

FERN. ¿Sí? Pues á Roma
por todo.

(Cierra con él. —Elisa á quien Fernando ha dejado apoyada en el respaldo de una butaca, se arroja de pronto á él tirándole del brazo izquierdo. Este movimiento y el que hace Don Antonio huyendo repentinamente la estocada, contribuyen á que se clave la punta de la espada en la pared.)

ELISA. ¡Fernando!
FERN. (Al tirar la estocada.) Toma!
ANT. (Desembozándose.)
¡Eso és! ¡Mata á tu padre!
(Coje la espada por la hoja y forcejean.)
FERN. ¡Cómo..! ¿usted..?
ANT. Yo.
FERN. ¡Por mi vida!
ANT. Tu padre, sí!
FERN. ¡Bá! ¡Pamemas!
No sirven estratagemas.
(Queda en su poder la espada y va á herirle, cuando Don Antonio mostrándole el pecho dice:)
ANT. ¡Hiere! ¡Hiere! ¡Parricida!

ESCENA XVI.

DICHOS. — **GENERAL** que ha salido á los ultimos versos. — **ERNESTINA.**—**ADELA** con un candelabro. — **LUIS** por el balcon que dá al jardin.

FERN. ¡Mi padre! ¡Dios soberano!
ERN. ¡Qué gritos..!
GEN. (¡Su padre dice!)
(Se aproxima á Fernando y le coje la mano de la espada.)
ANT. Tu padre soy, infelice!

ADELA. ¡Su padre!
GEN. (Haciendo caer la espada de la mano de Fernando.) Suelta, villano!
(A Don Antonio con ansiedad.)
¿Qué has dicho? Sin duda fué
por librarte...
ANT. (Con efusion.) La verdad!
Soy un monstruo de maldad.
Yo le vendí: le ultrajé.
Yo con vil supercheria
le estuve á usted engañando.
GRN. ¡Cómo!
ANT. (Con intencion.) No es hijo Fernando...
de quien usted soponía.
ERN. (¡Hija, hija! Aun hay remedio
para tu mal!)
GEN. (Con ira reconcentrada.) ¡No te mato
porque..! Pruebas, insentato,
pruebas!
ANT. Señor... tengo un medio
para probar...
GEN. Pues acaba.
ANT. Aquella infeliz...
GEN. (Interrumpiéndole.) Entiendo.
ANT. Una carta...
FERN. (Esto es horrendo.)
ANT. Me entregó cuando espiraba.
(Sacando un papel de su cartera.)
FERN. (¡Hijo de un criado!)
GEN. Dame.
(Le arrebata la carta y la lee con avidéz.)
ERN. (Interrogando con la mirada al General.)
¿Fernando....?
GEN. (Contestando á la idea de Ernestina.)

Sí! — Qué maldad!
ERN. (¡Oh! Gracias, Dios de bondad!)
GEN. ¡Esto es vil, horrible, infame!
ANT. Ella esa carta escribió
sobre el cadáver de su hijo.
Yo miré al mio... y... colijo
que el infierno me inspiró!
Ambos de una misma edad,
era posible el amaño:
y convidaba al engaño
su misma facilidad.
En esa carta...
GEN. (Mirándole fijamente.) (¡Malvado!)
ANT. Ví el porvenir de mi niño;
y al padre cegó el cariño;
y al amo vendió el criado!
Soy un traidor, un mal hombre!
Perdon! (Se arrodilla.)
GEN. (Sin hacerle caso.) (¡Esto me faltaba!
En mí la familia acaba!
Conmigo muere mi nombre!
ANT. Soy indigno de perdon.
GEN. Yndigno, sí. (Le vuelve la espalda.)
ANT. (Levantándose.) Nada espero. —
(Con un arranque de exaltacion.)
Mas tengo un hijo á quien quiero
con todo mi corazon!
(Vá á abrazar á Fernando. — Este le detiene con un ademan.)
FERN. Perdone usted.
ANT. ¡No me abrazas!
FERN. Usted manda. Yo obedezco.
Pero amor... ni lo merezco...
ni...

ANT. Te entiendo. ¡Me rechazas!
¿Así pagas el instinto
paternal y los afanes..?
GEN. Yo espero que no profanes
por mas tiempo este recinto.
ANT. Ya me voy.—Pero... ¡Fernando!
GEN. Basta.
ANT. ¡Hijo!
FERN. (Volviendo la vista.) Yo...
ANT. ¡Es una fiera!
Ni me mirará siquiera!
¡Monstruo!
GEN. (Con imperio.) Que estoy aguardando.
ANT. Me voy... sí. ¡Dios de bondad!
Duro — aunque justo — castigo!
Pierdo al hijo y al amigo!
Cúmplase tu voluntad! (Váse.)

ESCENA XV. Y ÚLTIMA.

LOS MISMOS menos DON ANTONIO.

ELISA. (Echándose á los pies del General.)
Perdon!
GEN. Alza.
ELISA. Padre mio!
ERN. (¡Hija del alma! ¡Oh, tormento!)
ELISA. Concédeme...
GEN. ¿Qué?
ELISA. Un convento,
donde llorar mi estravío.
FERN. (Interponiéndose entre el General y Elisa.)
Elisa..!
ELISA. ¡No! — Vea usté

de esa madre la afliccion!
(Señalando á Ernestina — Esta acude á consolarla.

GEN. (Tomando una mano á Fernando.)
Tienes una obligacion
que cumplir.

FERN. (Resignado.) La cumpliré.

LUIS. Adela...

ADELA. (Dándole la mano.) ¡ Luis!

ERN. (Después de haber observado á Luis y Adela y dirigiéndose al General.) Un favor.
Quiero llevarme á París...

GEN. (Alarmado.)
¿A quien?

ERN. A Adela y á Luis...
y á Elisa. (Estrechando á esta última entre sus brazos.)

ADELA. (Suplicante.) Papá...

LUIS. (Id.) Señor...
(Se aproximan al General.)

GEN. (¡ Todos! ¡ Me arrebata el cielo
hijos, amor, amistad!
Solo en tí, Dios de bondad,
halla el criminal consuelo.)

FERN. (¡ Hijo vil de ruin villano!)

GEN. (A Adela.)
¿Y tú..?

ADELA. (Con timidez.) Si no contradices
mi eleccion.

GEN. (Enternecido.) ¡ Oh! Sed felices.

LUIS. (Besando la mano al General.)
Gracias!

GEN. Mereces su mano.

ADELA. (Dirigiéndose á Ernestina.)
Y nos vamos..! ¡ Qué contento!

Y Elisa... (Se contiene de pronto observando la espresion de angustia del General.)

Mas no. Mi vida...

(Vá á echarse en brazos de su padre. Este la detiene, diciendo con la mayor amargura:)

GEN. No! Ya me hiciste la herida!
No renueves mi tormento.—
(Señalando á Ernestina.)
Quiérela! Quiérela bien!
No sabes lo que le debes.

ADELA. (Aproximándose al General y á media voz.)
Sí.- Lo sé.

GEN. ¿Sabes..?

ERN. (A su hija; aproximándose.) ¿Te atreves..?

GEN. ¿Pues quien te ha contado..?

ADELA. ¿Quien?—
Ella.

GEN. ¡Ella!

ADELA. Sí.

ERN. (Al General.) Perdona...

GEN. (Interrumpiéndola.)
Bien hiciste!

ERN. Se lo he dicho,
porque...

GEN. No mas entredicho
que al dolo nos aprisiona!
¡No mas secretos que oprimen;
que nos roban la quietud!
(Echando á Ernestina en brazos de sus hijas y de Luis.)
¡Hijos! ¡Honrad la virtud!
(En actitud humilde.)
¡Dios mio! ¡Perdon al crimen!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este Drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.=Madrid 18 de Octubre de 1861.

EL CENSOR DE TREATROS.

Antonio Ferrer del Rio.

